

PEDRO GRANADOS

AL FILO DEL REGLAMENTO

Poesía 1978-2005



BIBLIOTECA

Mirada Malva

AL FILO DEL REGLAMENTO (Poesía: 1978-2005)

PEDRO GRANADOS

Primera edición: 2006

I.S.B.N.: 84 – 609 – 9604 - 2

© Pedro Granados

© Prólogo: Gaspare Alagna

© Ilustraciones: Israel Tolentino Cotrina

© *La Mirada Malva, A.C.*

Pl. Gabriel Miró nº 1 – 2º A

28005 Madrid – España

En carátula: Diseño de Alexander Prieto Osorno

Cuidado de la edición: *La Mirada Malva, A.C.*

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, sin la previa autorización por escrito del autor y el editor de la misma

Pedro Granados

AL FILO DEL REGLAMENTO (Poesía: 1978-2005)

Prólogo	III
Tardíos setenta: el caso de la poesía de Pedro Granados Gaspare Alagna	
<i>Sin motivo aparente</i> (Lima: Cuadernos del Hipocampo, 1978)	2
<i>Juego de manos</i> (Lima: Ediciones Los Reyes Rojos, 1984)	5
<i>Vía expresa</i> (Lima: Instituto Nacional de Cultura, 1986)	12
<i>El muro de las memorias</i> (Ithaca, N.Y.: Latin American Books, 1989)	15
<i>El fuego que no es el sol</i> (Lima: Ediciones de los Lunes, 1993)	19
<i>Caligrafías</i> (1994) (inédito)	26
<i>El corazón y la escritura</i> (Lima: Banco Central de Reserva del Perú, 1996)	28
<i>Lo penúltimo</i> (Cambridge, Massachussetts: Asaltoalcielo editores, 2000)	60
<i>Desde el más allá</i> (Lima: Ediciones Corza Frágil, 2002)	66
<i>Soledad impura</i> (2003 - 2005) (inédito)	85

Al Filo del Reglamento

PRÓLOGO: Tardíos setenta: el caso de la poesía de Pedro Granados

Gaspare Alagna

La poesía de Pedro Granados (Lima, 1955) irrumpe en el contexto peruano altamente politizado de los años 70. Aunque su primer libro, *Sin motivo aparente* (1978), no ve la luz en plenos años velasquistas, sí lo hace en medio de un escenario social y político polarizado, precisamente, a partir del triunfo y posterior veloz desmantelamiento de aquella tromba histórica que significó la revolución de Juan Velasco Alvarado en el Perú. Los ánimos, por doquier, estaban caldeados; las ideologías a flor de piel. Obviamente, las instituciones literarias --llámense éstas universidades, talleres, congresos, premios, páginas culturales, etc.-- no hacían oídos sordos a todo esto y, más bien, en medio de este ambiente tenso y no menos confuso, se adherían a uno u otro de los bandos simbólicos. La racionalidad política parecía, literalmente, querer dominarlo todo; incluso afectos, diversiones o el inconsciente si era preciso.

Muy pocas aventuras personales --auténticamente fervorosas o creadoramente autistas-- hubo en el paso de los poetas del setenta hacia el ochenta. En esta última década se consolidaron o tornaron como oficiales, por un lado, grupos más bien altamente retorizados --verbigracia, *Kloaka* -- influidos aún por el lenguaje marginal-contestatorio de *Hora Zero*; o, por otro lado, individuos que representaron con sus versos canónicos a las instituciones más conservadoras de aquella coyuntura histórico-política-cultural. En todo este contexto, creemos, y por eso la estudiamos, la poesía de Pedro Granados fue y es, incluso hasta ahora mismo, un gesto de estilo incomprendido, pero no por ello quizá menos asimilado en secreto, particularmente por los otros poetas de su generación. La palabra de Granados refulege viva y joven hoy más que nunca; ha sabido no envejecer prematuramente como las de algunos de los poetas del 60, muchas de los del 70 y casi todas entre las de su propia promoción.

Pedro Granados publicó *Sin motivo aparente* bajo el sello de *Cuadernos del Hipocampo* que dirigiera el ilustre narrador, hoy desaparecido, Luis Fernando Vidal. La edición, de escasos trescientos ejemplares, salió adelante gracias a unos bonos de pre-publicación que circularon sobre todo en los claustros de la Universidad Católica, donde Granados estudiaba literatura, y en la facultad de Letras de la UNMSM donde Vidal era ya un reconocido y muy estimado joven profesor. *Sin motivo aparente* no cayó en saco roto, casi inmediatamente fueron apareciendo breves reseñas, alguna entrevista al autor y comentarios de la crítica de ese entonces.

Alagna
Alagna

Entonces, hoy comenzamos a entender que ha sido fácil mezquinarle preeminencia a la poesía de Pedro Granados, pero muy difícil pretender restarle ahora mismo su auténtica importancia. Creemos que esto lo saben, en primer lugar, sus propios compañeros de ruta; es decir, los otros poetas. Aunque lo que decimos esté aún sujeto a demostración, sospechamos que su obra constituye una forma de lectura "secreta" y, agregaríamos nosotros, su prestigio continúa siendo "secretísimo". Todavía no entendemos del todo que su voz, ya plenamente madura, se sigue negando a encasillarse, a regodearse -- incluso dentro de un mismo poema-- con un estilo específico o con una determinada estética. Creemos que la reseña de R.B. a *El corazón y la escritura* (1996) --en "Granados, una nueva voz de la poesía peruana", Suplemento Babelia, *El País* (17/05/1997)-- es particularmente iluminadora ya que resume de algún modo todo esto:

"Dueño de un vocabulario muy personal que vierte con un ritmo entrecortado, Granados apunta a la experiencia inmediata para luego trascenderla [...] evita permanentemente la grandilocuencia y, acaso, sea esa sobriedad lo que le da fuerza a su escritura. La sencillez, las repeticiones, sus ritmos rotos".

Por último, recibimos con entusiasmo la publicación de la poesía reunida de Granados (1978-2005); *Al filo del reglamento* que es la denominación elegida para todo este periplo humano y poético del autor, en la que incorpora el poemario inédito *Soledad impura*, escrito entre los años 2003 a 2005.

Reunida
Al filo del reglamento



Mirada Blanca

“Moche”. Ilustración de Israel Tolentino Cotrina

SIN MOTIVO APARENTE (1978)

Porque eres agua furiosa

I

Porque eres agua furiosa
sin memoria
sin nombre

y porque el dominio del tiempo se deshace
a tus olas

se desnudan mis sentidos
Poesía
y se hace la intuición.
Esta que recuerdas
haciendo minutos,
silbando fuerte en tu marea,
llamándote:
nieve
burbuja
musaraña
cielo despeñado
noche.
Esta que palidece por el esfuerzo,
se reintegra a mis sentidos
y no es más que latencia y unas cuantas grafías
arrancadas
al bullicio de tus olas...

II

Y sabes, ahora sí, que estas arenas

Porque eres agua furiosa

se van con tus cabellos,
con algún horizonte de tu cuerpo
de un brillo
a esculpir tus dominios.

Ya no sabrás sólo del ir y del venir
del silencio rocoso
de tu espuma;
sabrás, ahora, que un poeta nace,
tejido,
al recuerdo de la infancia
o al recuerdo de tus asaltos.

Porque la vida la concebiste tú por mí
con la sal de tus subidas que abruman
a este impertinente
que acoge en sus arenas
tu marea.

III

Si tú convivieras conmigo
ya no sería, si no,
tus circunstancias.
Tus rumores en el tiempo.
Tu instante de ola y tu caída.

Si yo me confundiera contigo
en la vanguardia de mi arena y tu extravío,
de mar, que no cesa de entregarse;
si yo de roca emergida...
sumergiendo
apartar la bruma
branquear tu paciencia, tu arrebató...

¡Oh Pasión!, así como vienes

*Mirada
al
alma*

y en silencio.

El Charco

El charco acodó el dolor
a sus umbrales
y fue necesario huir del sol
amagado a mi paso.

Mis ojos inclinaron sus rostro,
se inclinó el mediodía
y hubo el terror de las espigas que maduran,
venas de abuelitas
que se sujetan a tus manos,
un niño-hueso con el pelito de mimbre,
la misma sustancia del mar
pero que no redime,
una mueca de espanto en la ciudad
en el cemento...

Y unas huellas de sol,
de cal con llanto,
de tristeza.

En la ciudad

Qué propicia hace la tarde
Que uno ceda a sus venas,
abrazar con el sexo y todo
la tibieza;
consentir, ausentes,
los ríos
las aves
el silencio...

*Mirada
al alma*

JUEGO DE MANOS (1984)

A Tilsa Tsuchiya

No hay color que no palpite
y no nos abra a la vida,
no hay rosa, no hay oficio conocido
o desconocido
que no nos diga de detrás, de siempre,
que no nos llame discretamente
en las sienes.

Hay rosas, hay sensaciones extrañas
como un collar radiante,
como un abrigo tibio,
como una precipitada cascada
que persigue a los peces más jóvenes
para acariciarlos.

No hay extremo, no hay orden
ni desorden ni aventura
ni recuerdos,
todo es un solo oficio,
todo es un solo puente,
todo es un solo brillo de sol en el agua,
en la lengua, en los dientes.

No hay partida, no hay retorno,
no hay lejanía.

Sólo una hermosa col
con sus hojas frescas y calladas.

*Mirada
al
agua*

Huacos eróticos

I

Hagan una cerámica
de nuestros cuerpos
los nuevos habitantes
de este país.
Somos nazcas o mochicas
en nuestros movimientos.
Aún no estamos enterrados
continuemos.

II

Sus dientes blanquísimos y apretados
destilan saliva y atrapan
el más tenue rayo de luz.
Y no es como alta montaña,
sino como duna del desierto.
Así han de conservarla en la arcilla.

III

Yo jamás toqué su cabellera
a la hora del amor.
Había de conservar su cuerpo libre
en aquellas primeras algas
que salían brillantes del mar.

IV

Es cierto, sus piernas
son tan densas como el lodo
y su cintura tranquila.

*Mirada
al
alma*

Pero ella sabe excitar
desde sus ojos,
desde la pródiga manera
en que se desnuda.

V

Quizá deberían
ignorar su ternura,
la forma lenta y sabia
como dispone sus miembros
al amor,
la incandescencia en su piel.
Todo aquello será muy difícil
de plasmar.

Vía terrestre

No hay astros lejanos
ni más crueles
que tus ojos,
que tus miembros dispuestos
a conversar, a ir al cine,
a verte a ti misma
ignorándome.

No hay hoja
suspendida tan fuerte como tú
a este otoño,
no sabes descender
ni posarte en ningún poema.

Eres un tallo tierno aún,
una corola de leche.

Al filo del reglamento

El mirador de lobos

I

Los lobos marinos
alzaron su canto
solicitando amor al cielo;
sólo Venus los escuchó
y la luna brilla desde entonces
en sus hocicos.

II

Entre las rocas,
en los acantilados y farallones
donde el aire es fresco silencio
y el deseo no tiene límites;
donde el mar no es una encrucijada sino
fugitivos cangrejos
o pulposas estrellas;
los lobos marinos muerden en el agua
igual que en sus compañeras,
y encuentran los mismos peces.

Jamás hubo secretos para ellos.

III

Por las tardes,
el sol despoja sus pétalos más íntimos
sobre las aves;
el mar se despeina en los farallones
y las familias de lobos
se desprenden de las rocas.

*Mirada
al
alba*

Cuando la orilla inclina el mar
a la ciudad.

Tres versiones acerca de una mujer

(Bucólica)

En el abanico de las horas
si duermes,
la tarde es una hebra de tu camisa
pegada a tus labios.
En el abanico de las horas
si despiertas,
eres la humedad que sostiene el pasto
y el leve musgo sobre los tiernos tallos.

(Telúrica)

Como hebilla de correa
la luna ciñe
perpetuamente a los astros.
Como sobre amapolas alucinógenas
esparzo mi cuerpo de lagarto,
sin víctima y sin orilla
con la misma pereza de los astros.

(Trágica)

En mi sueño,
entre confundidos travesaños
ocultándose,
una araña más grande que la luna.

Ballenas blancas

Yo miré unos osos de peluche

*Granados
Granados
Granados*

con una muchacha.

Ella trataba de reconocermé
en la vidriera de sus sueños.

Yo la confundía con una canción antigua,
una melodía que también me hizo sonar
alguna vez.

Yo pasé mi brazo
sobre los hombros de la muchacha.

Ella diría
“tiene los ojos buenos
lo quiero mimar”.

Yo escuchaba atentamente su cabello,
la plaza que girábamos lentamente,
la noche entre nosotros
como un destierro.

Vida doméstica

Puedes responderme que las voces
te llegan del otro cuarto,
que miras tus propios ojos
recorrer los estantes,
el pasillo,
la calle como un fino hilo de vida.

Puedes preguntarme si las olas
aún alientan indelebles
en tu memoria,
si el amor es una cuenta fija y segura,
un círculo conocido
en la dispersión.

Debes preguntarme
si las flores son feas o bonitas,
si hay cubiertos para este uso,

*Mirada
al
alma*

si en algún lugar, esto es lo usual,
si en algún tiempo, esto es lo usual,
si con algún otro corazón.

Cumpleaños

En el último crepúsculo
de mis veintisiete años
estuve cruzando el agua hirviente de mi ciudad,
inexperto entre otros pelagatos,
me sorprendí ante el nacimiento
de una muchacha
y sentí el lento rodar del mundo,
el lento rodar de las muchachas,
el lento rodar de las instituciones,
mi lento rodar
mirón
roedor de migajas.

Escribir

Acaso escribir sea un puente
para que no se acumule el odio
en una sola ribera,
y puedan cruzar también
del otro lado
algunos momentos buenos,
alguna mirada
con reflejos amables,
alguna ternura.

Probablemente escribir sea
escribir,
renunciar a la rabia o al abatimiento.
Que son irrenunciables.

*Mirada
al
alma*

VÍA EXPRESA (1986)

[Si alzando las manos]

Si alzando las manos,
formando una garra,
pudiera desgarrar
mi cielo más próximo...

Quizá esa sea la destreza
del hombre del futuro.
Comerse su propio cielo.

A Javier Sologuren

Una ráfaga de sonidos
viene a liberarnos
de todos nuestros pesares.
Es poco el cuerpo,
pocas las manos,
poco el corazón.

(una ráfaga de sonidos)

[El sol del crepúsculo]

El sol del crepúsculo
no es un juego de niños
son enormes llamaradas
y explosiones terribles.
Pero no le da la voz.

[La noche va cayendo]

La noche va cayendo
en mi pecho
como jalea en un frasco

Mirada Mirada

pequeño y transparente.

Quema la noche.

[Al mediodía]

Al mediodía

cuando me dejaste

me fui al cementerio.

Para constatar

que no estaba

entre los muertos.

[Hacer un poema de amor]

Hacer un poema de amor

como jamás hayas escuchado

de boca de nadie

para ti.

Un poema de amor

que nunca se aparte de tu lado,

y que si lo olvidas

te busque

como este aire fresco y delicado

de abril.

A mis padres, i.m.

Quizá deba ser padre de muchos

y abuelo de una infinitud

para entender algo de la vida.

Juego solar de sombras

y emblemas de la luna:

fases terribles y necesarias.

Cuarto creciente,

*Al mediodía
Hacer un poema de amor
A mis padres, i.m.*

cuarto menguante,
cuarto lleno
y vacío también.

Mirada Blanca

EL MURO DE LAS MEMORIAS (1989)

[Estoy en Main Street , Buffalo]

Estoy en Main Street , Buffalo,
persiguiendo un sueño por la vía del tranvía.
Frente a mí los edificios son juguetes
que han olvidado de guardar.
Todo está en calma.
Nada es imposible.
Mi vida podría cambiar con una sonrisa
a la luna.
Estos son los últimos acontecimientos:
ya soy lector de Cornell University,
y ahora viene con sus ojos muy juntos el tranvía.
También puedo llorar con los últimos acontecimientos.
Pero mejor es sonreír,
hasta que se quemé la última bombilla
de este jirón infinito,
hasta que recojan esta despensa
de vivos colores.
Mi vida podría cambiar con una sonrisa.

[No conozco Nueva York]

No conozco Nueva York,
todavía no conozco nada
de Nueva York.
Ayer me llevaron a Jones Beach:
gente morena como en cualquier playa de Lima,
mar marrón,
gaviotas enormes entre otras más enormes todavía.

*Memorias
Pedro Granados*

También, como siempre, el amor
desfigurándome el rostro, haciéndome un monstruo
en Lima, Madrid o Jones Beach.

La garra del amor.

Y ahora estoy limpiando un cuarto
y acomodando una pequeña biblioteca
y escribiendo

--echado de sexo sobre una alfombra violeta--
sobre Jones Beach o sobre Pessoa
o sobre la poesía íntegra de Alejandro Romualdo
o sobre los argonautas de Malinowski,
libros que he revisado hace un momento.

Como un mono amante de una reina
como una serpiente llamando
a la puerta de un pubis
como una fiera dentellando las fauces.

Así escribí siempre y así escribo ahora,
antes de vomitar para no morirme de hambre
como en un festín romano.

O antes de llamar a un teléfono que no suena,
que no puede sonar porque está muy lejos,
que no debe sonar
porque ya no existe.

A Manoli

Camino sobre las aguas congeladas del lago Cayuga
con algo de humano sobre el hielo.

A mi derecha los patos tranquilos y las inquietas gaviotas
y yo queriendo predecir
qué hay más allá del hielo de la rutina,
del hielo de lo posible.

Las ramas desnudas de un árbol cercano

Manoliada Manoliada

me dicen de los caminos múltiples y tangibles,
también ellas quisieran predecir.
Pero vuelvo la mirada sobre esta orilla increíble,
inesperada,
y puedo dar testimonio de su certeza y realidad.
Como de las líneas imaginarias de las ramas de aquel árbol
separadas y enredadas todas
en un punto que alcanzo apenas distinguir.

[El lapicero verde que se encontró mi hermano Germán]

El lapicero verde que se encontró mi hermano Germán,
sirve también para que le escriba un poema.
El me enseñó a ver la hora en un despertador malogrado,
y terminó preguntándome la hora.
Luego me enseñó a multiplicar,
y también se olvidó de multiplicar.
Después me obligó a emplear un lenguaje particular
para comunicarme con él.
Son de nosotros estos recuerdos,
a él pertenecen el lapicero y el poema.

Para Charo

No fue un amor a primera vista. Digamos que él era una piedra intrusa sobre el asfalto nuevo. Podía ser arremetida por algún neumático; podía ser recogida por cualquier prudente, o rechazada por un odiador de piedras. Lo cierto es que él tenía el brillo de las piedras, ese brillo.

Ella es bella, y en ese tiempo lo era más todavía; pero no fue un amor a primera vista. Digamos que ella era tierna y olorosa como el lodo, empleando una imagen cercana. Y esto es lo paradójico de toda la historia, ¿qué pasa cuando la piedra y el lodo se encuentran? Literalmente, él se adosó y se sumergió, y ella lo tragó y lo fue tragando como sólo ella podía hacerlo.

*mirada
al
verde*

¿Qué sucedió después? o ¿qué ocurre ahora? No lo sé. Sólo escucho el estrépito de los autos, sólo siento el vibrar de esta masa resinosa debajo de mí, y percibo las voces, algunas fugaces voces. Estoy ciego, con una costra dura que me cubre todo el cuerpo, y casi sin poder respirar.

Al filo del reglamento

EL FUEGO QUE NO ES EL SOL (1993)

Desde los Comentarios

Desde los Comentarios
del Inca Garcilaso
nuestra persona está colapsada,
nació colapsada,
nació despidiéndose,
nació demasiado adulta.

En el libro ocho de la primera parte, y aun antes,
cómo es posible no gritar
ante los galgos mordiendo
fácilmente a los guanacos.
¡Dejen en paz a los guanacos,
carajo!

¡Déjenlos en paz!
Desde que el mundo es este mundo
En América, y particularmente en el Perú,
nuestras espaldas tienen sólo apoyo imaginario,
e ir adelante significa ya
las manos en los bolsillos del errabundo.
Qué nos queda pues a los peruanos.

Ir mirando como Alicia
a los costados.

Porque todos caemos
y no caminamos.

Al filo de cada experiencia
la transgredimos con nuestro abismo.
Y lo pesado cae primero,
y lo leve apenas se resiste.

*Mirada
al
abismo*

No cerrar los ojos
y caer lúcidamente
he allí nuestro proyecto,
he allí nuestra inocencia.
Caer como una forma de vivir.
Y así Garcilaso, que está más vivo
que cualquiera de nosotros,
y cuya turquesa careció de precio
porque fue un recuerdo del Perú;
así ese Inca,
que habla desde el descendimiento,
que enumera
porque se acaba,
que siente
con el tiempo justo
pero con la hondura del abismo
que abre hasta nosotros:
Leones, osos, tigres, micos y monas
del Perú.
Y la gente más pobre y mísera
que hay en el universo.

Concentrado

Concentrado.

Viendo mecerse en la noche
fuerzas invisibles. Máscaras puneñas.
Enciendo mi cara de diablo. Para que se me entienda.
Para que se me reconozca
entre esas fieras tercas, abominables e ingenuas
de la noche.
Así, veo afilarse más todavía
mi aguileño perfil

*Concentrado
Pedro Granados*

y rompo y me evado con mis negras manos por delante
hacia la noche.

Porque aquí es más poderosa
la presencia de Dios.

Dios juega con nosotros a la ronda
con aire de condenado.

Soy feliz

Soy feliz.

Inmensa y plenamente feliz.

Como nunca nadie había soñado serlo,

ni los adolescentes enamorados,

ni los flamantes esposos,

ni los poetas auténticos

con algún dinero en el bolsillo,

ni los místicos

de rostros transfigurados por el mismo Dios,

ni los perros, ni los cerdos

en plena voltereta, en plena

caricia en el hocico.

Soy feliz, soy felicísimo.

Pero no me traiciones

y vayas a comentarlo por todo lugar.

Amiga en América

Por ti seré el gatito

que se mece en la rama,

el vientecillo que escamotea

el polvo de un rincón,

el casi invisible reflejo del sol sobre las cosas

en un día caliente,

Amiga en América

la sensación confortable del algodón
sobre la piel,
el teléfono que en realidad despegamos
como un atónito caracol,
la persona que camina en este momento
detrás de aquel muro
y que no alcanzamos a ver,
la sombra que producen los automóviles estacionados
y en la cual los líquenes reposan,
las últimas hojas del otoño
que ya no llaman la atención,
la alegría íntima y pasajera
de una arquitectura,
las ventanas de mi edificio
que te contemplan con amor
porque yo te miro con amor,
la sensación infantil de un recuerdo
del mar de Lima,
mi gratitud por las salas de cine
en las que nunca he estado solo,
mi deuda con las enseñanzas de mi hermano Germán
--mi Germán--
y mi cariño por mi hermano Eduardo
y por mi hermano Julio y por mi hermana Elena,
el buen olor del pescado fresco,
las gallinas desnudas que se ofrecen en los mercados
como una cornucopia,
mi elegía a unas botas artesanales del Perú
que me acompañaron durante diez años,
este trozo de papel donde fluye la escritura,
la esquina distante que percibo

*miada
miada*

y que revela que por allí también se extiende
la ciudad,
y las luces que vemos desde el avión
y que desde lo alto resumen
lo febril de nuestra especie.
Te ofrezco el licor que en el fondo de mí
tampoco sé beber,
y te ofrezco mi perversión
--ese animal que frágil flota en el mar de la cultura--
casi, casi bañado en llanto.

Cada vez me parezco más a mi hermano Germán

Cada vez me parezco más a mi hermano Germán.
Huaco mochica, cabeza jíbara, ojos de lagarto.
Cierta timidez esencial nos iguala,
cierta desenfocada imagen que se lleva el viento.
El transita ahora por la economía informal
y siempre fue el más indio de la familia;
yo estoy ligado a una gran institución extranjera
y siempre fui como el marqués de la familia.
Nos unen muchos rasgos comunes,
sobre todo en el abatimiento:
una suerte de aprehensión en el rostro,
cierta manera de lucir los dientes --los suyos postizos--
como pato dentado
(un palmípedo volador
que comía ostras).
Así es mi hermano,
así soy yo,
bueno con los dientes
para encontrar la última carnecita --la escondida--

M. Granados

en ese rincón de sobrevivientes
que es el Perú.
De su bondad --de la de mi hermano--
mejor no hablo.
Aunque se parece a la del anticucho,
puro corazón atravesado.

Empezar a acariciar la página

Empezar a acariciar la página
y empezar a merecerlo todo.
El tiempo como un gato manso
y cariñoso,
esta lluvia --que es el amor-- casi impalpable
y tan real,
un recuerdo agradable
del Perú,
una maquisapa --que fue un gran amor--
enroscada nuevamente a estas palabras,
a esta mano de venas protuberantes
y esquivas.
Empezar a acariciar la página,
poner hacia el lodo las piedras filudas,
hacia la tierra blanda.
Empezar, en fin, a cederle a la página
lo que ni siquiera ya soñamos
ni tampoco esperamos.
Es ella la que espera,
es ella la que sueña.

A N.K.

Ha pasado el tiempo
y sigo escribiendo sobre la mesa de la cocina.

*Maquisapa
Maquisapa*

Así, la lluvia sigue cayendo para nosotros.

Así, cuando nos enamoramos
estamos siempre al borde de la muerte.

Y así, la muerte está tiernamente
siempre con nosotros.

Pero, la verdad, de esto no deseo hablar,
sino disponerme de algún modo
sobre la página que toco y huelo,
sobre mi página adolescente,
sobre mi núbil página
que gusta las canciones de amor.
Sobre mi contemplativa página
que es una ventana a otro mundo.

Poema de Roosevelt Island

Ayudado por el viento y el río
reviso mis poemas.

Nada son aún

pues penden de mi boca:

ni una piedra con moho

ni una lengua de agua.

A bajo vuelo, soy la gaviota
que husmea el pez.

*Mirada
al
alma*

CALIGRAFÍAS (1994)

1

Acercarse al papel
como un anónimo calígrafo.
Con trazos rápidos
ir dejando en los espacios en blanco
tu alma.
El resto. La tinta
que hormiguea al sol
--lo oscuro multitudinario--
dejarlo para contraste
con tu alma
Soledad y compañía,
quietud y movimiento.
Pasos marcados y acumulados
sobre una fina superficie de sal.
Tu misma mirada
estrellándose
contra la página
en la lectura.
Algo que no es la arena sola
ni únicamente el mar. La playa.

2

Una raya vertical
es suficiente.
Una raya oscura y constante.
Ni pensar ni sentir ni actuar.

*Mirada
al alma*

Sólo dejar fluir esa raya.
Sólo dejar esa puerta entreabierta.
Sólo fluir y fluir
hasta que el trazo sin interrupciones
seas tú mismo sin interrupciones.
Sólo dejar esa vena a su antojo.
Sólo dejarla correr y desdibujarte.

3

Hacer volar el papel arriba
como un naípe,
y en su descenso escribir sobre él
a vuelamano.
Con la convicción de que no faltan
ninguna de las letras del alfabeto.
Y mucho menos aquéllas de tu nombre.

4

Así, leves y al mismo tiempo
decididos,
trazar la raya horizontal del horizonte.
Interrumpidos, acaso,
por un levísimo resplandor.
Por una díscola palabra detenidos.

5

Imitar esa rama
olvidada de sí
con la tinta del paisaje.

*Olvidada
de sí
con la tinta
del paisaje*

EL CORAZON Y LA ESCRITURA (1996)

[Un muro de cerca]

Un muro de cerca. Porosidad.
Textura. Muchedumbre. Avidez.
Lejos de mis muros, ahora.
Lejos de mi sexualidad de niño
y de adolescente. La delicadeza.
Lejos del consuelo profundo de
cierta promiscuidad con los muros.
Florecidos sentimientos de amor hacia mi madre.
Muros. Juegos con los muros.
Entre los muros.
La historia universal resuelta sobre un muro.
Sin libros.
La turbia locuacidad
de las paredes desnudísimas de mi
infancia. El incomprensible cariño
de los ecos mudos. Los antiecos.
*Lucho no sale a jugar, está haciendo
sus tareas.* Frente a la casa de Angélica
ni preguntar. Y yo jugando vanamente
con una pelota de jebe
contra los muros. Botes.
Todas las cosas lejanas y cercanas.
Todas las cosas entreveradas
simultáneamente.
Arena. Espinas. Altorrelieves.
Todas las cosas imantadas allí.
Caras. Olores. Nubes.
Todas las cosas delicadas allí.

*Granados
Al filo del reglamento*

Tiernamente adheridas. Labios.

[Un punto]

Un punto.

Una raya apenas, muy pequeñita.

Una particular suspensa en el aire,
trémula e indecisa.

Lo incoloro, lo inodoro y lo insípido
para mí. Para mí la profecía sola, sólo la promesa.

Escribo como escribo. Y sin embargo,
un gato agazapado despierta
mi más callada humanidad. Y sin embargo,
ahorita agarro unas correas, carajo, unos cabos
y te doy de látigos. Para que te defiendas.

Las ciudades pequeñas y más aún nuestros viles oficios
nos empequeñecen.

Mejor es vivir en el asco de las metrópolis, mejor es vivir
en medio del mar.

Cada ser humano pasa tan concentrado en su bicicleta,
cada ser humano pasa con unos ojos de pollo, es increíble.

Escribo como escribo. Y sin embargo,
sé lo que una mujer muy hermosa puede hacer por nosotros.

Una mujer joven y hermosa. Una muchacha
de senos perfectos, una muchacha de culo de corazón.

Y sin embargo, escribo como escribo. Espantando los días
como moscas, con un mes delante en el calendario.

Estas yemas que han brotado para la primavera
me dicen exactamente lo que a ti te dicen. Nada más.

Estos carros estacionados te ocultan el sonido de su motor
tal como a mí.

Más tarde saldremos de la habitación

*Muchacha
de culo
de corazón*

y bajaremos los escalones y estaremos ya en la calle, igual tú como yo,
aunque estés muy lejos.
El sol lo baña todo ahora. Las yemas fecundas se agitan.
Mejor es ser un gato, ¿di que no? Dilo ahora o calla.
Para que te defiendas.

[Estas ramas nocturnas]

Estas ramas nocturnas.
Independientemente del árbol.
Sólo estas ramas dispuestas de aquí
para allá. Hacia arriba. En círculo.
Sólo estas ramas que --discretas-- retienen el aire
Hasta muy avanzada la noche.
Sólo estas ramas de las que el tiempo escapa
como si fuera agua, como si fuera arena.
Sólo estas ramas que quieren que hagamos el poema
aunque tengamos ganas de cagar,
aunque no queramos hacer el poema.
Sólo estas ramas que atrapan los peces y las mariposas
de la alta noche.
Sólo estas ramas que leves sostienen
A mis hermanitos muertos: Justo Pastor, Demetrio
y uno que de súbito se acaba de ir volando
para otra rama.
Sólo estas ramas que tienen la continuidad misma,
que son la continuidad misma
frente a los noticieros.
Sólo estas ramas tan extrañas como el otro mundo
y cuyo lenguaje defiende a los pájaros y a las ardillas
en estos sus fecundos momentos de oración.

Al filo del reglamento

Sólo estas ramas cuyo más leve sonido
--en el lugar y tiempo acordados--
pueden cambiar el curso de toda una vida.
Sólo estas ramas que descienden
con sus altos y acompasados brazos.
Sólo estas ramas ante cuya mirada
el horizonte es más prolongado
y más prolongado el mar.
Sólo estas ramas, espadas desnudas del amor
como a Borges referir le placía.
Sólo estas ramas que como sus primas las del cedrón
perfuman el recuerdo de mis padres
y el Cuzco íntimo de José María Arguedas.
Sólo estas ramas que se pasan unas a otras
a la luna
en sus juegos o ritos nocturnos.
Sólo estas ramas carentes de todo interés al botánico.
Sólo estas ramas solas. Sólo estas ramas misteriosas.
Sólo estas ramas.
Cortinas entreabiertas en el rostro de la noche.

Cuadro

Una curva amarillo-naranja
sobre la noche oscura.
Son nuestros los sentimientos.
Son nuestras estas texturas de amor,
estas manchas iridiscentes de delicadeza.
Son nuestros los recuerdos. Todos.
En gruesas pinceladas cerca de un vértice
está mi madre. Es viento y es tierra
y es agua mi madre.

*Mirada
arguedas*

Al centro del cuadro está mi padre
insinuado por un color evasivo. Es fuego mi padre.
Nuestros son los viajes, los adioses
y acaso la soledad.
Una curva amarillo-naranja. O más bien
una hendidura. Una materia apenas entreabierta.
Una reciente cicatriz
acaso.

[Es extraño]

Es extraño
que las cosas no cambien
--que no se liberen--
si en mi corazón
todo se consume
al desnudarte. ¿Las cosas
tendrán un corazón más fuerte?

[Qué clase de intelectual sería]

Qué clase de intelectual sería
uno de aquellos muchachos salidos de la película *Los olvidados*
de Luis Buñuel.
Quizá Pedro, o el Ojitos.
Quizá Meche, la muchacha que siempre recordaremos
derramándose leche sobre las piernas de leche.
Difícil que uno de los otros pudiera ser,
están --como Julián-- ya de antemano sentenciados.
¿Están todos sentenciados?
Que harían estos intelectuales, estos poetas
con aquella noche del barrio,
con aquellos borrosos pasadizos sin fin.

*Olvidada
Olvidada*

Qué teorías forjarían. Qué piedras tendrían debajo de la lengua
para hacer expulsar. Qué tipo de animales serían
entre la fauna de los poetas.

Cómo vivirían el amor a pesar del psicoanálisis de Buñuel.

Con qué moribundas palomas apaciguarían el deseo.

De qué manera caminarían sobre la ciudad, ya famosos.

Qué los haría realmente reír o llorar sin presentir
una aún más honda compañía que lo humano.

[Toda la noche oyeron pasar pájaros]

Toda la noche oyeron pasar pájaros.

O tal vez nos equivocamos
y fue su cerebro que hervía.

Toda la noche previa al descubrimiento
se avizoraron a los muertos y a los vivos
de cinco siglos después.

América estaba como en el abril
en el Andalucía,

Y fue para los peninsulares
--tanto como para el Almirante ya en tierra--
un perro que nunca ladró. Una perra.

[En medio del ruido]

En medio del ruido. En medio de las imágenes asociadas a estos
Ruidos. Imágenes que empapan poco a poco esta soledad.

Imágenes de mis semejantes de esta hora: negros, latinos, grin-
gos pobres que acuden a su laundry dominical en Pawtucket.

Imágenes asociadas a mis semejantes --para los ojos de unos y de
otros--, imágenes de panteras, de ovejas, de anfibios, de ángeles
anónimos. En medio del ruido. Entre la voracidad de los
tragamonedas y el vapor de la atmósfera. Entre la distinta

Revisada por Alva

población de ángeles que se aglomeran a contemplar la escena.
Hombres y ángeles hipnotizados ante las máquinas que giran y giran sin cesar. Calcetines azules, bragas verdes, toallas amarillas, sábanas percudidas puestas a menearse sin tregua. Consumo barato. Carne de cañón. Astronautas expertos en este vertiginoso laundry de Pawtucket.

[Mocho como esa enredadera]

Mocho como esa enredadera. Estéril.

Apto sin embargo

para el amor.

Para la felicidad.

Para la comprensión.

Mocho y macho, sin embargo. Erecto.

Desnudo como la lombriz.

Reptante como el gato. Abierto
como el arañazo.

Solitario como el arañazo.

[Que mi padre me lleve de la mano]

Que mi padre me lleve de la mano.

Que mi padre se incorpore desde sus casi
centenar de años.

Que se incorpore.

Con la dignidad

de sus abultadas cejas,

con la hidalguía de su apegada pobreza.

Que mi padre y mi madre

--jóvenes y fotográficos--

se incorporen.

Para que este acto de mecánica general

Mocho como esa enredadera

--para que estas piezas que voy engrasando mano a mano--
funcione.

Si no vienen, habrá que escribir de otro modo.

Si no vienen, habrá que actuar de otro modo.

Porque sólo tendremos nuestro chico y ridículo corazón.

Porque sin ellos somos opinión nomás artificialmente engordada.

Lástima de fallida cocción.

Que se vengan, pues, cantando su yaraví en quechua,
y con un buen matamoscas que se vengan.

Que se vengan a darse los besos que les conocí,
aunque casi ninguno les viera.

Que mi padre tan y tan excesivo --por mudo--
con su ir y venir nos cuente lo de siempre.

Porque esas palabras funcionan, y esa sintaxis,
y ese amor que él supo hacer despertar, y esa fragilidad
que el también supo oponer
aunque le cayeran varios --y varias veces-- los mundos.

Y en sus manos no quedara

y su corazón no fuera

más que exactamente lo mismo:

Pura ganzúa dormida. Puro alacrán hecho paloma.

Puro y generoso mar

--hecho gotas--

en el centro de la casa.

[Sus labios persas]

Sus labios persas

se abrían en iraní

hacia el deseo.

Había que interpretar

una canción

*Mirada
al
alma*

de más de tres mil años.
Seducirla con un amuleto
más antiguo que el de los andes,
mi tierra.
Agarrarla, desnudarla, cubrirla.
Mirarla fijamente sólo
algo después. Y entonces,
sufrir por contemplar
tanta belleza.

[Varios cordeles de tender ropa]

Varios cordeles de tender ropa.
Cordeles multicolores de nylon
sobre un campo arrasado.
El campo de mi patio. El campo
arrasado de mi patio.
Todo es cierto alrededor
de esta bendita estructura.
(bendita por irremediable).
Los calzones, el llanto, las risas,
las satisfacciones de todos
colgadas allí puntualmente.
Prendidas –sujetas-- así
en la China como en el Perú.
Campo arrasado de mi patio
--¡Castilla, Ayacucho, Sur!--
Oh patio violento.
Aquí se juegan mis próximos
sesenta años,
mis próximos cordeles de laser,
mi futura ropa íntima invisible.

*Prendida
Prendida*

Oh campo arrasado.
Y no estos próximos sesenta años.
Oh patio violento.
Y no esta absurda manera de estar de pecho clavado
contra el horizonte.

[Perfumado de magnolias]

Perfumado de magnolias.
Caoba. Heces de vino.
Lenguaje al fin. Lenguaje
en fin. Abejorros. Moscas.
que ocultan el objeto. Estaciones.
que encubren el mundo. Un árbol
que se recuesta sobre mi ventana
y me tapa.
Cuerdas de metal muy finas para esta marinera.
Mi corazón que también oculta el objeto.
A pesar que husmeo los libros y voy a pie
sobre la ciudad.
Cuerdas de metal bien templadas
para esta fuga de tondero.
Emoliente. Pelota rota. Blasfemias
y deseos roncós. Manos solícitas
las de mi infancia. Un baldazo de aguas negras
a un palmo de mi nariz. Vergüenza ajena.
En medio de la basura escarbo para mis gatos.
Tripas de diversos colores. Tripas
azules del bazo, tripas verdes
de la hiel, tripas rojas
del corazón. Ávido de masa
para mis gatos.

Perfumado de magnolias

Ramas desahogadas. Nítidas tapias. Bien alineados libros.

La mano hundo en el breve espacio de mi cuarto.

Cabellos. Perfiles. Frías hebillas.

Volúmenes indescifrables. Viscosos contornos.

El Espíritu Santo atento a esta gusanera
como gaviota exiliada en los mercados.

Inclinado sobre mi barril, pues. Y ya que mi amor
no me ve.

Mar abierto. Cielo infinito. Desierto sin contorno
y nunca jamás hollado.

Mi hermano Germán o el arte de la poesía

Hermano, si tú supieras con tanto amor. Con tanta luz apagada en los muros de nuestro pequeño barrio. Con tanto cariño por ti, hermano. Porque tú has sido de otra manera mi padre, mi amigo, siendo mayor has sido mi pequeño. Si supieras cómo ilumina tu espíritu hecho de tantísimas muertes con sentido, de tantísimo amor desbordado, hecho de la misma gratuidad que merecen las flores, los actos en los cuales se puede morir por un amigo, la belleza que sutilmente nos aniquila. Si tú supieras hermano querido, ahora que las palabras te buscan para ofrecerte su mejor ungüento, el más caro, el más fino. Ahora que lo gasto todo, que lo invierto todo siquiera para espantar aquello que te pueda injuriar, aquello que te pueda hacer daño, aquello que ni tu sombra merece. Por eso, hermano, por esos retazos de humanidad con los que aún nos cubrimos, por ese paisaje de la ciudad que tú purificas, por tu ternura de ratón, y el vuelo sosegado con que atas los cabos de nuestra cada vez más extensa familia. Por eso, hermano, por eso te celebro. Mudo ante estas entrecortadas letras. En espíritu de peregrino y adorador. Jugándome la camisa y el corazón tal como tú me has enseñado. Justo eso, la camisa y el corazón.

*Exiliada
al
alma*

[El muchacho mira a la muchacha]

El muchacho mira a la muchacha.
Ella es bella. Tiene los hombros delicados
y los brazos casi rectos pero bien dibujados.
Tiene los pechos breves y ofrecidos.
El muchacho mira a la muchacha.
A ella le sobran las pestañas
y tiene el talle alto y los cabellos
levemente perfumados.
El muchacho mira a la muchacha.
Ella luce el rostro lavado
y las uñas despintadas sentada aquí
en la biblioteca.
El muchacho mira a la muchacha.
Ella apenas tiene quince
y tiene los dedos de veinte
y tiene los ojos de veinte
y el caminar de una chica de veinte años.
El muchacho mira a la muchacha.
Ella al fin
charla y sonrío y se marcha
con una de sus amigas.
El muchacho mira a la muchacha.

[Desmuelado]

Desmuelado momentáneamente
de un diente. Desmadejado
desde un diente. Incompleto.
Oculto en el sótano.

*Mirada
al
alma*

Cariacontecido. Cabizbajo. Porcino.
Destramado en un punto.
Huérfano. Vieja. Oso hormiguero.
El pelagatos. El pobre diablo. El truhán.
La ballena en plena inmersión. El reptil.
El del cono sur.
El cartoncito estropeado, mojado.
El huelguista molido a palos.
El ratero derecho y el otro, el delator.
El débil. El católico. El que todavía escucha
a su mamá. El que sólo puede escuchar a su mamá.
El mimo locuaz. El heredero del paraíso,
sólo del paraíso. El eco. Los ecos.
El blanco de las telescópicas. El disparo. Los disparos.
El cuerpo derribado y puro. Aromático.
Desnudo como un cachorro. De uñas aún muy tiernas.
De miembros súbitamente inanimados.
Vencidos.

[Sobre Maracaibo]

Sobre Maracaibo
torres de nubes cúmulo
otean la llanura.
Como alcatraces insatisfechos
emigran de este mar tan pobre.
El avión se ladea
ante el aterrizaje inminente.
Desliza ya su sombra
y abre firmes las garras.
Hemos venido también
a probar suerte.

Maracaibo

Cartagena de Indias

Aquí me tienes

otra vez disponible

al poema.

Sentado en un lugar ideal

esperando el poema.

Un lugar ideal y tranquilo

entre el ir y venir de la gente

y el poema no viene.

En este sábado por la tarde

en pleno centro de Cartagena

el poema no viene.

Entre la calle del Porvenir

Y la calle de la Soledad

no viene el poema.

Y larga y poderosa es la tromba

y la trompa del deseo.

Y total es la sinceridad.

Y auténtica la zozobra.

Y contenida la desesperación.

Y el poema no viene.

Muy alto es el cielo sobre esta ciudad,

vasto el mar

y anchísimo el continente.

Más fácil es hacer poemas sobre el exilio

en los Estados Unidos;

mucho más fácil la elocuencia de una ciudad

como Buenos Aires o Madrid.

E incluso ahora que estoy con una maravillosa mujer

--la más linda de todas, la más misteriosa,

Cartagena de Indias

la más cartagenera-- ignoro si ella es precisamente
una llave.

Todavía no sé si es necesaria una llave
para entrar a Cartagena.

Quizá el muy alto aire
y el muy vasto mar nos hablen
--a escondidas--

entre algunas de estas estrechas calles.

Quizá Pedro Claver se anime
a interpretarnos la soledad y el porvenir de su gente
(pienso en Pedro Claver --enfermo y ya gastado--
observando atentamente la bahía).

Tal vez algún día un andino del Perú
sea asimismo caribe.

Es muy fácil hacer poemas sobre el exilio
en los Estados Unidos,
muy fácil predecir el deterioro
y la posterior destrucción.

Pero escribir algo digno sobre Cartagena
no es tan fácil. No es tan predecible.

Bocachica es la pobre
y Bocagrande --lógico-- es la rica,
y aquí se ubican los burdeles. Pero,
a la orden estoy.

Con mi corazón andino y mi deseo africano.
Alto cielo y vasto mar de la costa
por ahí me voy a encontrarlos.

[Mi señor]

Mi señor
a veces se las gasta de bromista.

*Miada
Miada*

Dibuja una risa gorda
sobre mi flaco corazón.
Así, algunas veces,
un ancho viento
se instala en mi pecho.
Viento de aire festivo.
Viento que no comprendo
en absoluto, pero que sencillamente
me invita a reír y reír hasta las lágrimas
de la gratitud y la disipada comprensión.
Y desde este lugar es que les escribo;
mejor dicho,
desde este lugar es que les desearía escribir.
Para contarles de la risa de Dios,
de su gusto irreprimible por jugar,
por hacer bromas.
Y así, camino de Barranquilla
o bajando la cuesta de Cornell
--desde donde se divisa íntegra
la isla de Ithaca--
o tomándonos el pelo en Lima o en Madrid.
Risas de Dios.
Viento de Dios.
¡Qué sabroso timbre de pasajero!

[A golpes enérgicos sobre mi batería]

A golpes enérgicos sobre mi batería
de ocres tambores de piel de gato.
Con mis puños cerrados
para colar
sólo lo que me corresponde de la vida.

*Granados
Pedro*

Con abdominales suficientes,
con muslos suficientes
para aferrarme
y dejar que salga mi canción.
Mi canción hecha de conchas de mar
y de guijarros de la playa.
Mi canción de resentido, de intratable,
de muy mal pobre.
Mi canción
que es un bello pase de gol ante el estadio absorto.
Un discreto rumor
sólo para otro árbol revelado.

[El mimo]

El mimo arranca la risa
de los más duros,
de las chicas más monas
y más pretenciosas.
El mimo pintado como un buitre
de la India
ha congestionado el tránsito.
Nadie quiere que abandone la plaza.
Frente a la Universidad de Cartagena
está el mimo.
Los estudiantes ociosos asoman
y los otros los imitan.
El mimo de cara de buitre en extinción
es absolutamente indiferente
a si los estudiantes son estudiantes
o sólo ocasionales sobrevivientes.
El mimo es tan sólo un gesto

*Mirada
al
alma*

de la mano del aire.
El espejo de agua
en la fuente inexistente.
La calle es más auténtica
cuando el buitre la imita.
Tú eres más auténtico.
Te comes la plaza a grandes trancos
como él. Apareces y desapareces. Sientes
que no das sombra.
El termina su espectáculo y ya se va.
Tú continúas. Despintado,
pero muy pálido.
Como el típico hazmerreír de siempre.

[Continuo y discontinuo]

Continuo y discontinuo
como aquel viejo ventilador de techo.
Al borde de una playa abierta
y generosa, en pleno centro
de Santa Cruz de la Sierra.
Una playa de mansos tumbos
y sensuales olas,
De espumas anaranjadas
y milenario escalofrío.
Cuánto no hemos sufrido y gozado
sobre aquella relampagueante arena.
Una playa de arcos acogedores
y de atmósfera alegre
como tu extraviado corazón.
Una playa de vientos interminables
y de contorno interminable

*Continuada
Continuada*

en pleno casco viejo de Santa Cruz de la Sierra.

Oh terrible playa de la niñez.

Una playa hecha por las aspas de tus brazos,
por el ávido pendular de tu ilimitado deseo.

Una playa de tónicos fragancias
y de sencillas lecciones

con las cuales lidiar el porvenir:

Doris, Palemo, Neptuno

y nuevamente Doris. Como consta
en esa intensa y discreta hoja de vida,
la Fábula de Polifemo y Galatea
de Don Luis de Góngora y Argote.

Mil veces arrebatados por el erotismo.

Otras mil veces víctimas de la pasión.

Y, sin embargo, otras mil veces hijos
tiernísimamente saludados,
gratos siempre y, sobre todo,
aclamadísimos ríos.

[Y otra vez aquella visión]

Y otra vez aquella visión:

un jirón de cometa descolorido, abandonado,
sujeto a los cables de la calle de siempre.

Ayer hablé con tu madre --te llamé por amor--
pero me di al teléfono con tu madre.

Nunca he sentido tantísimo resentimiento en una sola voz.

Y entonces advertí que todo volvía a su lugar.

Como el invierno en Lima,
como el verano en Providence.

Ser peruano en cualquier parte del mundo es imposible.

Ser peruano huaco y católico, cachero y manatí. Ser peruano brujo.

Al filo del reglamento

Porque harto han andado la disuasión y el poder, por un lado;
y harto han andado la miseria y la pena, por el otro.
No hemos visto y oído y palpado
por gusto.
Un pedazo de noche huele como la tierra.
La realidad tiene el contorno de un talle
y es muy dulce la verdad.
Anochece en esta parte del mundo.
Anocheció.

[Hojita delicada]

Hojita delicada
de papel. Lacerada hermana.
Sobreviviente. Anónima.
Fría sobre el vidrio
de este escritorio. Cerrada.
Evasiva muchacha que en día.
Muchacho que un día.
Violentada. Presa. Rota.
Confidente hermana. Beldad
nocturna. Franja
de la espuma de la playa.
Tú que eres estos ojos.
Tú que eres mi puerta, mi puerto,
mi compañera.
Tú que sopesas esta masa de amor negro
que es mi alma.
Tú que devuelves el dardo
y asimismo la aljaba.
Oh torre silenciosa.
Oh silencioso pinar.

*Hojita delicada
Sobreviviente*

Oh mi hermanita, mi igual,
mi paisana auténtica. Mi hija
generosa. Mi castísima beata.

Poema de la violencia en Brown University

Diluidos por un líquido eficaz.
Al fondo de la sucesión de los actos
o a sus márgenes.
Como en la adolescencia
--solos o abrazados a nuestros enemigos
en una unidad difícil de reconstruir ahora,
difícil de consentir--.
Por tantas huellas dejadas ya de aquí hacia allá,
por tanto vapor en la huida.
Debimos ser como las piedras.
Pero nos movimos,
Pero nos movieron como al animalito exótico
(la sogá al cuello
y las uñas curvas al ras del pavimento).
Infancia y adolescencia en el Perú.
Una a una fueron surgiendo las palabras,
una a una fueron sobreponiéndose
--imitando al mar--
en nuestro barrio de purita tierra.
La violencia existió siempre,
filtrándose en los zapatos,
filtrándose a través de los muros.
Pero nuestra mirada era más grande que la violencia,
sabía llevar, sabía traer,
sabía sumergir y renovar las cosas,
las voces, purificar los instintos.

*Mirada
Mirada
Mirada*

Aunque no fuimos puros, nunca lo fuimos.
La violencia existió siempre,
recortada como un segundo rostro,
como un tercer rostro,
pero no como el rostro definitivo
en nuestras estoicas gentes.
La violencia existió siempre.
aun allá en los juegos,
aun allá en los enamoramientos.
Como la lavaza del bulto que se lava,
como la espuma de la cerveza.
La violencia con sus faldas sucias
y sus caras sucias.
La violencia de zapatones de Celestina
y labios de Urraca.
La violencia del rasposo patio de la vecindad.
(Es por eso que a más de uno nos gustaba
escupir sobre esas paredes
y sobre aquellas del rincón que formaban la casa
creando así transparencias, salidas,
otros túneles de lo humano).
La violencia existió siempre,
pero también existimos nosotros.
La violencia sin todas las variables en la palma de la mano,
justo así como nosotros y como cada uno de ustedes.
La violencia que no controla todo, que felizmente no sabe
lo que sus hijos piensan. La violencia temerosa del futuro
y de las calles tan violentas. La pudorosa violencia que no llama
a las cosas por su nombre, que no se atreve a amar.
La violencia con sus males de ojo. Con su tarde o temprano.
Porque largo la hemos mirado y le hemos sobrevivido.

Al filo del reglamento

Porque largo le hemos dado a comer directamente de la mano
y conocemos su hendidura, su hedor, aquello que la hace más feliz.
Por eso pendeja (en peruano) nos reconoce y nos teme,
y se está aquí cerrándonos las piernas. Tal como si no
supiéramos,
ya de sobra.
Tal como si hubiéramos olvidado.

[Manoli]

Manoli, atravesando una calle --yendo hacia la Renfe-- me vi
reflejado de cuerpo entero en la vidriera de un bar. Me miré como
me vería mi madre. Una mirada como diciendo hijo pero qué
viejo te has puesto, mira esa cara, pero qué flaco que estás. Quise
eternizarme allí mismo, Manoli, detenerme en ese sentimiento
tan vivo de mamá. Y entonces, purificado y dócil y manso de
corazón como una criatura, pensé en ti. Pienso en ti. Para que ni
el fuego te espante ni el gorrioncillo que llevas en lo más profundo
de tu corazón te abandone. Para que comprendas el bullicio y el
clamor ahora apagado que irás --poco a poco-- sintiendo
envolverte, hurgar directamente en tus pechos, abrirte con manos
delicadas pero seguras, hundirse en ti por la tan viva y pura gracia
de tu belleza. Sátiro como yo no vas a encontrar, ni brujo que te
unte como yo, ni poeta que te diga las blasfemias del más grande
amor nacido del desamparo, de la orfandad de ser peruano y
huérfano. Amador como yo no vas a encontrar ni amante como
tú yo tampoco. Aunque tarde compruebes que de verdad me
amas, y que debiste jugártelas por mí, y que la vida tan buena nos
dio una oportunidad y todavía otra y otra y otra.

Madreselvas para Martín Adán

Ahora que somos

*mirada
al
alma*

sombra y paso,
mirada y desvío,
sermón y pecado.

Ahora que el mudo muda
por enésima vez de expresión
y hecha humo la impasible chimenea.

Ahora que quizá rubricarías
como hace ya algunos años:

*Con viva gratitud
por el envío de
sus bellos poemas.*

Y yo no soltara el mango
de esa sartén
aunque hartó quemara;
y fuera de pronto,
siendo apenas un muchacho,
un adulto ya, ya un anciano.

Un muchacho solamente, Martín,
no un poeta. Un muchacho
de la ancha base, Martín,
de sobrio segundo
y de mamá por cocinera.

Ahora que me espera la muerte
tal como a mí. Tal como a ti
no

porque eres la enredadera.
La enredadera sobre la vid
y hasta lo alto del muro.

La enredadera sobre la más imponente higuera.

Tal como a ti no
porque eres la madre selva.

*Mirada
al
alma*

[En vez de moscas]

En vez de moscas, lagartijas;
en vez de polillas, murciélagos;
en vez de hormiguitas, hormigotas.
Así es mi habitación, aquí,
en Santa Cruz de la Sierra.
Y sin embargo, uno a todo se adapta.
Y el zapato izquierdo va bien en el pie derecho
en el apuro. Y las dos manos son diestras
a la hora de comer.
En vez de vasos blancos de yogurt, mulatas;
en vez de hispanic, cholos, negros y chinos
simplemente.
Y sin embargo, uno que trabaja
no como una hormiguita,
sino como una hormigota.
Uno que anda prendido al amor
no como una polilla,
sino como un murciélagos.
Y uno que anda ahí remando más bien
como una lagartija.

[Como la noche]

Como la noche
está en la noche
confiada y serena.
A merced del viento
continua.
Abierta
a merced del árbol.
Desnuda sobre el mar.

Al filo del reglamento

Virtual en la sombra.
Permanente en el corazón.
Discreta. Sellada. Cautiva.
Y al mismo tiempo liberada.

[Capa de brea fresca]

Capa de brea fresca.
Capa de aceite industrial. Activo jaboncillo.
El salón de clases como un espejo.
Signos que no circulan. Signos
que patinan de culo, de barriga.
Signos que la astuta serpiente pica
y el ingeniosísimo ratón alcanza.
Esto de ser un profesor, a veces,
esto de ser un miserable payaso, a veces.
Como si no bastara, como si
suficiente no fuera, como si
no tuviéramos ya esta lengua de mosca apretada contra el vidrio.
Estos ojos de mosca apretados contra el vidrio.
Este sexo.

[La canción]

Caminado voy solito

Camarón de la Isla

La canción.
La imagen del camino.
A un tiempo en Parinacochas,
en Huaraz, sitios que vieron nacer
a mis padres. A un tiempo
entre tus brazos en Granada.
Feliz entre tus brazos.

*Granada
Granada
Granada*

Quisiera que un gran milagro
me lleve a encontrarte.

La canción.

El viejo tema de la cárcel y
del cautiverio.

No te enamores de amores ajenos,
tarde o temprano vuelven a su dueño.

Los invariables tópicos del desamor.

Automóvil rojiblanco

no me lleves preso, como canta el Pichincucha.

La patria. El polvo de la patria
en el destierro.

Y sin embargo,

Caraybamba, Caraybamba.

Caray, esos largos brazos
que nos atraen
a un tibio seno.

Esos innumerables caminos que tienen
un solo corazón.

[Estamos pensando]

Estamos pensando. Bola de fuego.

Bolo de fuego.

Red. Honda. Veneno.

Manos abiertas.

Estamos pensando. Aquí
en Santa Cruz de la Sierra.

Vapor. Señales de humo. Raíces.

Sin corazón estamos pensando.

Sin precisamente reflexión.

Sólo con el acorde

Al filo del reglamento

de algunos recuerdos. Porque eso somos.
Sólo con esa masa de objetos
sobre la superficie del río. Entreverados.
Separados. Disueltos. ¿Quién sabe?
Sólo con ese rumor y ese olor
que cubren el aire. Que instalan
como volutas sobre el río: Pensamientos.
Estamos pensando con un fino cedazo.
Entre branquia y branquia del pensamiento
una tela muy fina. Holandas
para lo visible y lo invisible. Cariño.
Estamos pensando con amor. Este es el secreto.
Esto es lo ignoto para todos los días.
Pensar con amor.
Y así el peje y la salamandra y el martillo
algo tendrán en común por el solo hecho
de haber sido expresados.
La esperanza también y las hojas de la palmera
algo tendrán en común.

[Ya ha pasado algún tiempo]

Ya ha pasado algún tiempo.
Caminar sobre la ciudad
con los pies desnudos
para probar.
Justo eso. Salir para probar.
Pero ya nos estamos quedando
algún tiempo.
Y como no somos exhibicionistas.
Las arenas de aquella playa
quién dijo eran feas.

*Granados
Pedro*

Eran bonitas. Son bonitas.
Las arenas de aquella playa.
Con el agua hacían hoyos
bajo los pies. Cosquillas.
Pero todo esto es aparentemente
un engrudo.
Un pegote donde hablamos
de nuestros pies desnudos.
Y sin embargo,
ya nos estamos quedando
algún tiempo.
Y ya nos queremos limpiar
las costras,
el *caminante no hay camino*
y tantísima de esa mierda.
Porque en realidad absolutamente todo
se reduce. Todo se reduce.
Imagen constante donde somos más
que el amor, que la igualdad, que la
inmortalidad, que la más sublime belleza.
Unos mínimos pies que sangran. Para probar.
Una naturaleza acaso en trance
de parir.
Unos enormes ojos.

A Lorca

A ver si adivinamos el fuego,
tu fuego. Vino nuevo
en odre viejo.

A ver si adivinamos tu impulso
--bailarín desde algún punto de la dicha--

*Mirada
al
alma*

sobre la misma plaza del pecho.

A ver si te presentimos
en todo lo que realmente vale,
almas y pieles de aceituna.
Ya que a Córdoba has llegado.

A ver si algo de ese hollín
de lo remoto y de lo sagrado
lo esparces por aquí. Porque lo necesitamos.
Algo de ese hollín
que te sobra en el pelo.

A ver si nos quieres un poquito
--frase para arrebatarte tu amantísimo corazón--
y obligándonos a beber la cicuta
nos haces cien veces morir. A la mezquindad y al conformismo.
Al cálculo ahora omnipotente.
Que muramos una vez
como el torero. Eso sí. Encomiéndanos.

A las cinco de la tarde
y desde este lado del mar te lo pedimos.
Desde este lado rebelde y extraño del mar
como el torero.
Aunque sea una vez.

[Bock]

Block. Sábana. Veneno.
Todos sinónimos de papel,
de resina, de talco, de sal,
de grafito resistente al puño
más porfiado.
Como el corazón y la escritura.
No ser esa caída violenta,

Al filo del reglamento

no ser aquel sorbo precipitado.
Sino el lento husmear
de una cabeza híbrida
e inconforme.
Sino el lento decirse
--desde la adolescencia--
sino el lento escuchar
--desde la primitiva niñez--.
Decirse y escuchar en un solo
y reconcentrado gesto,
en tenaz e íntima compañía.
Todo nos ha salido mal otra vez,
muchacho. Hemos fallado en eso
que te inspiraba más confianza, muchacha.
Ni la luz más genuina basta,
ni el arco iris más esplendoroso
es de por sí suficiente.
Tiremos el venablo más lejos, entonces,
arrojemos la piedra dura más lejos
buscando la ubicua fuente.
Intentemos. Insistamos. Permanezcamos.
Pero esto más bien como atentos
a un fulgor propio, a una inminencia.
Tal así la perrita o la cigarra unánime
que han necesariamente de morder o cantar.

Muchacha

LO PENULTIMO (2001)

Dos poemas españoles

I

Gaviotas y garzas
alrededor de las colinas.
Adelante, Córdoba.
El mismo desabotonado cielo
nos ausculta.
Vamos derecho (como una flecha)
a ninguna parte.
Vamos curvos (como un recuerdo)
a nosotros mismos:
A nuestro corazón.
Córdoba es una garra de gallo
sobre la pluma de la gallina:
Un aire amordazado.
Córdoba es su fuente de agua:
Unas rayas de tigre
debajo de esta fuente.

II

Amanecer en Madrid.
Amanecer en invierno.
Hay sopas:
De ajos.
Castellana.
Consomé de la casa.
Origen de las nuestras.
Los ojos de la señora

Al filo del reglamento

que atiende en la barra.
Origen de los ojos de todas
nuestras madres y de todas
nuestras mujeres.
Necesitar esos ojos.
Necesitar acariciarlos,
besarlos, copularlos.
Todo a un tiempo.
Queremos decir que estamos
en un amanecer en Madrid.
Pero la banalidad
no es lo nuestro. Sí,
las canciones.
Las canciones y esta luz
que se arroja lenta
desde el trampolín del cielo.
*Ya me duele el alma
de tanto quererte.*
Pero lo nuestro no es la banalidad.

Notas al Inca Garcilaso

Soy viejísimo.
Realmente lo soy.
Mi madre hablaba en quechua
con mi tía Raquel
a la hora del lonche.
Me encantaba verlas alegres
en un lenguaje que no entendía,
que jamás entendí.
Con mi tío Epifanio mi madre también hablaba en quechua,
y aunque él andaba lejos

*Ya me duele el alma
de tanto quererte*

--inmerso en el trajín de su prole numerosa--
cuando ella murió, musitó:
“ahora sí que nos quedamos realmente solos”.
El quechua es un idioma que nunca he entendido.
Pero que consideraba mío por derecho propio,
hablaban y cantaban con él mi madre y mi padre.
Cantaron alguna vez --ya muy mayores--
un hermoso yaraví que quebró de canto a canto
la pequeña vasija que era nuestra casa.
Mi padre y mi madre se amaron, pues, a su manera.
Y compartieron todavía --después de aquel inolvidable yaraví--
como unos veinte años más con nosotros.
Resulta increíble estar escribiendo
sobre estas cosas. Se nota que también
nos vamos a morir.
Y jamás habremos aprendido el quechua.
Aunque es la palabra íntima de nuestra madre,
y los ojos pequeños y desconcertados de nuestro padre,
y el fuelle oculto en el corazón
de nuestros queridísimos hermanos.
Lo único que sabemos es que en quechua
no se puede vivir. En este orden de cosas.
Comunicarte en esta lengua es literalmente suicidarte.
Te aprietan fuertísimo la garganta
y el corazón se te sale de una vez por los ojos.

Una florecita. Una florcita

Una florecita. Una florcita
dedico a mi madre.
Una mano que absorbe poco a poco
el insomnio. La cercanía de un cuerpo

*Mirada
al
alma*

las de mi propio desamor.
Una fuente de agua
pugna en mi cerebro.
Una grieta se calca
y va partiendo mi corazón.
Otra amiga me dice, que vea
a mi alrededor,
que el placer está en mi entorno
y deje la melancolía.
Ella es mayor que yo, pero tiene
el alma de una niña.
Yo soy del Perú,
de padres del interior
y con mis otros hermanos
somos los primeros
en haber nacido en Lima.
Pero nada de eso importa ya.
Ningún folklor me distancia,
más bien me acerca.
Hoja de papel que cae desde un edificio muy,
muy alto.
Las grietas ceden y se inunda todo,
y se va entreverando todo en medio de un gran ruido.
La calma aún no viene.

[¿Qué eres?]

¿Qué eres?
Este cielo cauto
de la mañana.
Aquella rama indócil,
crespa, asimétrica,

*Al filo del reglamento
Pedro Granados*

cubierta de polvo.

Esta angustiante arquitectura de Lima.

¿Qué trae este domingo

a tu vida?

¿Qué te trae aquella paloma

que no es mensajera,

pero bate acompasadamente las alas?

¿Qué eres en esta víspera

de la partida a un lugar

que en realidad te asusta?

Deslizas tu mirada por los tejados,

por los árboles y el cielo

más altos. Otra respuesta no encuentras.

Una mano pegas a tu cuerpo,

otra respuesta no encuentras.

Un sabor casi imperceptible todavía.

[Esta leve sensación escribe]

Esta leve sensación escribe.

Nada más. De eso se están olvidando

los poetas. Aspiro como un sapo la dicha.

Ciego hacia ella voy como un cerdo.

No me conformo.

Al filo del reglamento

DESDE EL MAS ALLA (2002)

Pasos de un peregrino son errantes

Pasos de un peregrino son errantes, hasta la mesa del café en donde escribo. Enfocado por una minúscula cámara, de pestañas vulcanizadas, que vigila mis pasos, la manera en que bebo este líquido humeante, el estilo con que sin prisas voy devorando mi atónito panecillo. El modo --no olvidado aún del todo-- en que celebro el culo de alas de ángel de aquella fugitiva muchacha; su talle limpio, sin peca ninguna, salvo en los besos que me roba, en los dientes de morsa que me afila. Hasta que me encuentro con ese Polifemo --convertido ahora en Nadie también-- que me arroja una roca y me hace retornar intempestivamente y herido hacia mi taza de café. A beberme mis oscuros deseos, a oler solamente en el ámbito de sus reducidos contornos, a imaginar --si es que esta miseria la podemos denominar así-- del modo en que aquel monstruo propicia, en inmensos carteles puestos muy en alto por toda la ciudad, a “think different”, y la cara de tanto circunspecto o castrado o diz que genio se nos desea hacer calzar como una indeleble careta, pero que no nos va de ningún modo y en nada tampoco viene al caso.

Soy una “minoría” en los Estados Unidos, mas también, por ejemplo, en el Perú y en España. Entre homosexuales, heterosexuales, velludos, lampiños, y entre los otros poetas. Los acercamientos científicos, metafísicos, sentimentales, cibernéticos, utópicos, ninguno de ellos satisface a nuestro distraído corazón: viscosa rana de estanque ciega y cantarina. Pero no soy un hombre triste, sí, en realidad, un caminante muy feliz. Feliz contra los datos de las estadísticas, de los usureros, de los piropeadores de puestos, de aquellos descontentos, por pura falta de valentía, en el mundo entero. Obviamente, no confío en los jóvenes sólo por ser menores de edad, pero --aunque prefiero hacer el amor con una adulta inspirada-- es fácil percatarse que en sus ojos existe otra cosa, que puede existir alguna otra cosa. No sólo para el ámbito de la poesía, se entiende, el otro mundo, el más allá que es siempre la poesía (la rana viscosa adquiere el aspecto de un príncipe auténtico al escucharme elucubrar así) y que da título a *Desde el más allá*, manojos de poemas que tienen al frente.

PP. viada PP. a lva

La calle por donde ya he tratado otra veces de escapar se abre a mi paso; la indumentaria de pobre y el talante tan digno de mi padre (demasiado digno de mi padre); el amor que insistente busqué --torpemente y suicidamente busqué-- detrás del rostro de más de una serena muchacha; la amistad hecha del mismo chorro de mi corazón, de la fuga en la pluma rota de mi alma pulcramente galvanizada; de la soledad que como una mano amiga nos busca y --a veces-- oportunísima nos alcanza. Pero, todo esto no son más que origamis contruidos, a escondidas, en el lugar a donde nos han traído nuestros involuntarios pasos. Cuando me paro a contemplar mi estado. Pero cuando a mi oído llega también una fiesta de carnaval o del caribe y, de inmediato, mi cuerpo reacciona arrecho. O cuando nuestro cerebro se emociona con la insignificancia de lo que algún verso de *Trilce* quiere decir para nosotros, de lo que alguna dolorosísima confesión de Borges, quiere decir para nosotros; si no también nuestro corazón, a esta hora ya, y engreído, arisca rana de altura convertida en sapo comestible.

I

La lluvia toda la noche ha tocado nuestra ventana
y nuestra puerta.

Hemos estado literalmente desnudos
bajo la lluvia.

Sin ideas. Sin proyectos. Sin reales
preocupaciones.

Como si fuéramos un pedazo de cemento, nada más,
debajo de la lluvia. Un ojo de piedra
que asoma entre el cemento.

La lluvia toda la noche nos ha velado
y como en un sueño oriental nos ha dicho:
Huyamos. Pero no sabemos dónde.

II

Saco la cara, la carota al aire.
Hago trizas el vidrio de la ventana.

Al filo del reglamento

Pliego de una vez la madera artificial de este cuarto y,
asimismo, la tiro por la ventana.
En la calle estoy.
Nací solo y sin el dolor de mi madre,
y del mismo modo continuo.
Si no hubiera vivido, no pensaría.
Esta manera de salir resplandeciente hacia la superficie.
Dios existe y no existe al mismo tiempo.
No tengo nada más que decir o no decir al respecto.
Confío en el aliento, en la dicha repentina,
en las sonrisas incontenibles del corazón.
Los doctores sólo después vinieron
para ayudarnos.
¿Qué se juega en la suerte de los hombres?
¿Qué alcanzamos de ellos si observamos sus rostros?
Agua salada es la de la mar, al puercoespín lo cubren
innumerables espinas, y aquella muchacha
es el mismísimo apetitoso durazno.
Mi madre tenía los cuarenta cumplidos.
Salgo, pues. Nutria, gato,
medusa. Me oriento y me precipito.
Mi corazón es aún lo que no ha muerto.
Mas, no sé si esto sea de por sí suficiente.

III

Un poco de oscuro como pantalla
para estos nimios hechos.
La radio me regala, inesperadamente,
unas canciones de Billie Holliday.
Es obvio, mi madre es la que canta.
El orgullo del corazón de un poeta.

*Granados
Al filo del reglamento*

Quizá éste puede ser el título
de la canción. De una canción.
A ver, qué guardo en mi abracadabra.
Qué escondo en mi alforja.
El mapa orográfico del Perú
es esta hoja arrugada --por mí--
que aún respira.
Ven ustedes, canta Billie; escribo el poema.
¿Simple coincidencia de un día de invierno?
La nieve se arremolina como un puño,
el aire, los recuerdos.
¡Apártate recuerdo!
Poesía, arte de la distancia,
del uso de una sola oreja.
El corazón orgulloso de un poeta.
Bien puede ser éste el título de la canción.

IV

Librados a lo que la luz provee
y la noche sustrae. Llenos de ustedes
y vacíos de nosotros.
Una mano --un ave-- ocupada en escribir
y escribir
lo que alguna vez mereció ser vivido.
Presentes los países en nuestra memoria
como fuegos artificiales. Bañados en llanto,
rotos y abiertos por los recuerdos.
Demasiado sol
y demasiada sombra sobre nuestros días.
En Manaus nos gustaba --del brazo con nuestra compañera--
imaginar que caminábamos por Río.

*Arriada
Arriada*

Amamos por enésima vez Madrid en la voz de aquella desconocida.

(Si lee este poema, en Lavapiés le preguntamos por una calle.

Venía de comprar y así,

con las manos ocupadas,

supo entregarnos nuestro paradero).

En Lima nos volvemos más tontos

y el pene se nos pone más duro.

En Boston no hacemos más que masturbarnos.

El otoño es nuestra lluvia de arroz.

Nos hemos casado, pues, definitivamente

y hace mucho tiempo.

Desde muy tiernos estamos ya casados.

V

La boca. Tu boca.

No hemos aprendido nada aún.

No hemos conocido nada.

No hemos amado casi nada.

El tiempo ha pasado y, efectivamente,

en Madrid las calles van repletas de gente.

(Magnífica imagen de una de las películas de Almodóvar).

Amo Madrid. Aunque la temporada que pasé allí

en Batalla de Belchite, muy cerca

a la cárcel de mujeres, estaba como en otra cárcel:

viviendo con desagradables extraños

y con escasísimo dinero.

Sin embargo, como un sueño, como una sorpresa,

como un sobrecargado martín pescador

vivía feliz a veces.

Recuerdo que leyendo en El Ateneo, al finalizar,

me atenazó entre sus brazos Carlos Contraamaestre.

Amo Madrid

Recuerdo que en una carátula de El País, de pura casualidad,
descubrí el World Press Photo de ese año:
mi madre golpeaba exhausta, con el puño cerrado,
contra un recio pelotón rompemanifestaciones.
Recuerdo la piel más sabrosa y el alma más delicada,
una muchacha que voló, desde el centro mismo de Europa,
más de dos horas únicamente por mí.
Recuerdo a otra muchacha de La Mancha, Elena,
¿qué habrá sido de ella?
Recuerdo las salas de cine, con subtítulos,
en las que nunca he estado solo.
Recuerdo a un profesor que traía a su novia a clase,
muy ricotona ella, lo cual me desencadenaba una envidia súbita.
Recuerdo, y esto es sólo en 1988, el argot vivo y la ternura
y la sabiduría de mucha gente a la que denominamos popular.
Recuerdo que por primera vez en mi vida fui a un burdel,
y que nada pasó a pesar de la buena disposición de mi socia.
Recuerdo que me clavé unos trozos de vidrio en el paladar
saboreando un plato de paella y se me compensó, de modo extraordinario
y por una sola vez, con otro plato. (Fue en un comedor de Moncloa
donde pululan elementos sudamericanos).
Recuerdo a mi buen amigo,
el más grande poeta gaditano.
Y la amabilidad y el temple espiritual de Antonio Cillóniz.
Recuerdo una botas que usaba desde el Perú,
pero de las que, con dolor, tuve que separarme.
Recuerdo un recital donde firmé numerosos autógrafos.
No recuerdo ninguna lectura interesante. Más interesante era Madrid.
La sobriedad de su paisaje invernal llegando desde el aeropuerto.
La sencilla y relajada muchacha en el autobús. Mis maletas
que un hombrón cargó en vilo y depositó en la más próxima y cara pensión,

Recuerdo a Elena

obligándole a pagar a este provinciano, que no tolera la lluvia,
el inevitable derecho de piso.

En fin, recuerdo a la viejecita amable y a los señores sabelotodo,
y a Manoli. Pero esta es otra historia.

VI

Es posible. Siempre ha sido posible.

¿Por qué naciste?

¿Por qué la cornética toca

y toca en vano?

¿Por qué aquella opaca pared

no es aquel resplandeciente espejo?

Es posible. Ahora lo sabes.

Tu mano se escapa,

quiere dejar de escribir. Quiere volar.

Tú corazón se escapa.

Toda tu vida ha sido un minucioso fracaso.

Hasta ahora, aquí,

en esta efímera circunstancia.

Hagamos un avión de papel,

bien grande, y huyamos.

Todavía puede ser dulce la tristeza.

Pero, ¿y después?

Cuando mi casa parezca, al ojo del infante,

algún enorme erizo.

¿Por qué la cornética toca y toca

en vano?

VII

Madre, tú que eres el aliento mismo,

el agua de la fuente.

*Al filo del reglamento
Pedro Granados*

Se partió todo. Se partieron.
Fallamos. Pisamos el palito
innumerables veces.
Tú que eres la voz y la mirada.
Y la promesa.
Espántanos estos diablos, vamos.
Esta mediocre ficción.
Tú que eres la quilla allá,
el orgulloso velero.
Sálvanos de la muerte y de la vida.
De esta muerte y de esta vida.
Ave abierta, desplegada.
Tú que evitas nos volvamos
irremediabilmente intratables.
Madre, tú que eres el sueño
y el consuelo. Y la dicha.
Y las palabras.

VIII

Estorbado, apenas,
por las líneas del papel
sobre el cual escribo.
Ser aquella ave que toma un sorbo de aire
y ya vuela. Que con tan leve impulso
ya se pierde.
En plena sala de lectura
de esta acogedora biblioteca
hay una playa. Aquí están mis hermanos,
igualmente pobres y algo más secos,
y estoy yo desnudo
con la arena por encima de mis pies.

*Mirada
al
alba*

Todo se ha ido repitiendo exactamente
según las estadísticas del desconcierto
o de un confuso deseo. Pero nos ha hecho falta
anhelar más, soñar más todavía.
Aquella ave que al primer salto ya se eleva.
Minuciosamente inconscientes.
Parsimoniosamente egoístas. Nos ha faltado emprender vuelo.
Retenidos por la tierra y el agua
de nuestros temores
nos ha faltado romper nuestro cordón umbilical.
Esplendor de las rosas. Cardúmenes
de fragmentarias dichas. Efímeras
revelaciones. Han contribuido
a nuestra marcha meramente pedestre.
Al menoscabo de este pensamiento
sin alas. De este deseo de bruces.

IX

Este día fue de poesía.
Una rosa. Una ausencia
despreocupada para siempre de sí misma.
Un grueso telón polvoriento
sobre las íntimas escenas
de la existencia.
No producir ni el más mínimo
ruido. Andar siempre de puntillas
y no llorar.
Tu corazón ha jugado sus dados,
tus anhelos también.
Alzabas tus aviones mucho más alto que las aves.
De un solo impulso

Al filo del reglamento

se iba tu corazón allende
como una encendida interrogación.
¿Qué ha partido? Te decías
y te mirabas.
Tu amor ha estado cercado.
Tú mismo has estado sitiado.
A tiro de piedra hasta el pozo del ojo.
Allí donde uno es sólo una simple
criatura,
pero incapaz de enternecer,
incapaz de inspirar ningún cuidado.
Una simple criatura sola
aproximándose hacia los elementos.
Avecinándose,
pero sin soplidos ni gestos.
Eso, todo eso ha estado sitiado, desmoronado,
casi hecho polvo.
Duro lanzabas tus aviones
para que no regresen.

X

Sin ninguna posibilidad de corrección
ni siquiera de equivocarse.
Levantas, levanto la mirada, ¿y qué ves?
Una franja de árboles desnudos
igual que un colchón, un humus. El magma
de un sueño.
Pero no estás soñando, ya quisiera.
Ya quisieras sólo soñar, cortar
con los párpados. Optar por lo sano. Irte.
Mas esta ave de la realidad está posada aquí.

*Mirada
al
avión*

Aquí y contigo.
Aquí y tan indeleble
como estas letras que escribes sin ningún cuidado.
Porque si te cuidas, te equivocas. Dañas. Empeoro.
Mejor escribes como sales por tus ojos y
a través de tus pestañas.
Sin ningún sentimiento de culpa. La culpa
viene sólo después, con la mirada.
Favorable. Favorables-París-Poema.
Ya quisiéramos.

9 de Marzo del 2000
(A la edad de 45 años,
con la sensación de un
vertiginoso viaje. Mi nave
es esta habitación predomi-
nantemente amarilla.
Mis acompañantes son muchos,
aunque voy solo.
Desde mi ventana se observa
un abismo sin fin.)

*Mirada
al
abismo*

XI

Es muy duro hacer poesía
y no irse contra este muro
que me refleja
tal como realmente soy.
Una especie de babosa,
sin pelo y sin caparazón;
un bagre de ojos diminutos,

mas sin antenas ni mostacho.
Pobre muchacho que ha venido a ser
el último de la fila.
Mejor que corten la luz y el agua,
como dice mi hermano Eduardo,
ya también para qué. Y las gabelas.
Que corten todo el mundo mejor
detrás de nosotros. Delante,
hace mucho está cortado.
Y entonces, me pregunta mi hermana Elena,
perdón, mejor dicho mi sobrina
(que es ya toda una señorita),
cómo puta madre de mierda
llegaste a parecer un insecto desbigotado.
Mentira, mi sobrina no podría preguntar así.
Soy yo nomás el que de ese modo contesta
por estos últimos años.
Aquella patilla, gris y rala, de cobarde.
La blanca y frágil barbilla del vendido.
Los párpados sobresaltados, típicos del delator.
¿Pero qué es lo que han hecho todos estos años contigo?

XII

Momento espectacular.
Fantástico momento.
Una exhalación hasta el forro.
Un eco hasta el muro de adentro.
Felicidad anhelada y negada
y deseada y escondida. Y ausente.
Pero revientas como besos. Como cancha
aumentas. Y vamos muy alegres

Revisada por Elena

como si nos acabásemos de comer unas peras.

Y vamos agigantándonos y atortugándonos
como si fuésemos ya importantes. Felices
con nuestra gorda sombra sobre la tierra.

Mi amor. El amor.

Te vi y te reconocí. Y te miré de nuevo.

Y te he perdido para siempre.

El resto de la historia. Las palabras.

Los ecos. Las angustias.

La carrera que se lleva a empellones

las piernas y el alma. El deseo.

Pero si es como salir corriendo el deseo.

XIII

Parece increíble

pero todo aquello que sentías

o pensabas de niño

puedes ahora decirlo.

Qué grande. Y se presta

a un poema bien, bien largo.

Literalmente todo puedes decirlo.

Y quédate quieto allí,

ensimismado. Como antes.

Como siempre antes que se produjera

cualquier suerte de conocimiento.

Una mosca vibra

muy sensible.

Porque aún tienes miedo,

y sin duda alegría,

de pensar y decir

lo que creías imposible.

Aquella manta vieja, entonces,

*Mirada
al
alma*

merece cubrir todo lo anterior.
Corre. Corre querido.
Abraza y pierde tu tiempo
como siempre.
Ahora que poco a poco
y cada uno.
Basta con hablar sencillamente
aunque aquellas palabras te violen.
¡Cuándo has sido verdaderamente
inteligente!
Infame y necio. Bruto
y orgulloso entre el estofado de costumbre.
Y aquellos ojos. Una gallina
poniendo huevos, aquellos ojos.
Pero no los tuyos.
Una muda alimaña convertida
en pétalo, en vellón
tierno, en la más íntima de las plumas.
Una lágrima vuela, se eleva,
se pierde como un misil
y explota. Y regresa.
Lo que sabías sin querer
ahora regresa.
Un zumbido inocente era el conocimiento.
Una pequeña mosca vibrando contra tu puerta.

XIV

Setenta veces siete. Las aves.
Lo que es común y corriente
modificado en nítidos círculos concéntricos.
Así pues, aquella voz sonora

Al filo del reglamento

entre la rama. Aquel juguete
asomando alegre desde el hielo.
Hermosos cabellos de mujer esparcidos
generosamente por todo el contorno.
A mitad de cada palabra
otear su pepa azul y casta.
En círculos concéntricos todas nuestras almas.
El Perú, tu cara de huaco de costumbre.
Lima, el paisaje adherido
a tu espejo retrovisor.
¿Cómo explicar lava tan fluida?
¿Cómo eludir círculo tan ceñido?
Mulatita virgen y harto traviesa.
Círculos concéntricos y protoplasmáticos
como la noche y el día,
como tus ojos cerrados
y este invierno.
Embarrado en sangre llegas al poema.
Con tus dientes intactos aún, partiste.

XV

DOMINICANISIMOS

UNO

El sudor
le gana al poema.
La alcantarilla
a mi voz.
Una irregularidad, apenas.
Un terrón de azúcar desconcertado
ante tantísimo eco.
Así el niño que vende,

Al filo del reglamento

y la muchacha que compro
ni con palabras
ni con besos.
Poesía de cara a la desconcertante
habilidad de unas serranas
de uñas multicolores
y engominados labios.
El sudor
puede más que la sed.
Porque aquél es secreto y el anhelo
sólo puede mover montañas.
Poco a poco
corto trocitos
que añado a mi licuadora.
A la noche de Santo Domingo
es preciso palanquearla con un fierro
antes de asirla y cortarla bien.
Noche densa y aceitosa que resbala
--como por un embudo--
hacia las nalgas de mi ocasional muchacha.
Muchísimo más negras que su propia cara.

DOS

Una muchacha negra
va uniendo los cabos
de lo desconocido.
En veinte uñas
--y conectado a ella—
yo más bien soy su instrumento.
Una bocina por donde escapa
un nudo de ruidos

*Muchacha
negra*

monocordes y muy antiguos.

TRES

La noche no depende de ti.
Esta noche, este cuello de botella
que compulsivamente atraviesas,
para nada depende de ti.
El semen tuyo, agua furtiva
que te asemeja a un arroyo
o a una chispa inocente,
en realidad no te pertenece.
Te has perdido en la noche
--como en el juego de los niños--
y no has vuelto ni han vuelto a encontrarte.
Sólo recuerdas el manso viento de la gente.
Sólo recuerdas el brillo de aquellos ojos:
una luz resbalando resignada
frente a tu puerta.
Todas las anécdotas al respecto
se reducen a esto.
Todo lo que has vivido también.
Una calle modesta y muy mal iluminada
y compulsivamente atravesada. Y la noche.

CUATRO

Al paso. No te apures.
Hasta el hoyo del papel
o de aquella india
de perfil tan moreno.
¿Qué es lo que se mueve
por ahí? Más ná.

*Al filo del reglamento
Pedro Granados*

Montao, y qué.
Con oro, y qué.
Como dice Chicho Severino
en su tan conocida bachata.
Hay problemas. Al poema
lo defendemos con un par de botellas rotas,
salvo si nos vienen con piedras.
Entonces, nos vamos.
Me llamas para atrás. Cónchole.
Ante la curva de la piedra
prefiero la de tu vestido.
Y encaramado como un mango
tu tan sinuoso paso espero.
¡Bendito palo!

Al filo del reglamento



Sin título. Ilustración de Israel Tolentino Cotrina

Impresiónada Impresiónada

SOLEDAD IMPURA

Índice

- 1 A mi abuelo Desiderio Agüero**
- 2 Contra el secreto**
- 3 Estás muerto**
- 4 Vamos a ver**
- 5 El invierno nos pone la realidad**
- 6 Cosas**
- 7 Confrontado ante la poesía**
- 8 Estamos frente a frente**
- 9 Una honda bocanada de aire**
- 10 Alturas de Samaypata**
- 11 Mamá Lastenia**
- 12 Si tú me vieras**
- 13 Sobre una promesa**
- 14 Llegados a los cincuenta años**
- 15 Natalie**
- 16 Trance de poder**
- 17 Definir**
- 18 Podría ser pensar**
- 19 Alejarse. Volver**
- 20 Dedos**
- 21 Las voces simples**
- 22 Lo más chic es no tener nada**
- 23 Ser superado por una fotografía**
- 24 Mirar oblicuamente**
- 25 Papeles blancos**
- 26 Topo**
- 27 Pospoema**

*Mirada
al
alma*

1

A mi abuelo Desiderio Agüero
lo asesinaron a golpes
en la provincia de Cangallo, Ayacucho, allá por 1925.
Lo emboscaron en la propia recepción
de su cargo como sub-prefecto.
Medio centenar de puños
se ensañaron hasta la muerte contra él.
Los azuzadores fueron capturados
y purgaron veinticinco años de cárcel
por el homicidio. Se apellidaban Rodríguez.
Hacendados de poca monta
y de medio pelo, pero hacendados al fin.
Tú no esperas muerte distinta.
Morir de cara a taimados anfitriones.
Llegar donde a uno lo esperan.
Para morir. Para vivir quizá aún más
de esa manera.
Mi abuelo camina dentro mío
con pasos semejantes a aquéllos.
Y su pequeña hija no derramó lágrimas,
meditó más bien.
Y su viuda, Aurora Prado, veló hasta el crepúsculo
por nietos tan indefensos.

*viada
Prado*

Que él no conoció. Salvo de oídas.

A través de las ondas de la laguna

o del rumor de las hojas de cedrón de su pueblo.

Árbol tutelar de los andes del Perú.

Y que su nieto limeño --el último de la prole--

conoce también, pero sólo de oídas

y por el delicado perfume de la infusión.

*Mirada
Alva*

2

Contra el secreto

de la interpretación. Lloro.

Hace días. Hace tiempo

que llorar quería.

Tanto tiempo que no entiendo.

Tantas horas que constituyen

ahora mismo mis pasos.

Mi cara de perro asomándose

en cualquier esquina.

Mi hermano Eduardo falleció hace un mes.

Murió como pobre, pero sin deudas.

Murió como pobre, pero sin dudas.

Sus manos no tenían dudas.

Tampoco su voz. Ni su amor.

Mi hermana Elena pagó los gastos

del crematorio. Y Lucy, su viuda,

guarda por nosotros las cenizas.

En todo esto, yo no participé sino

poniéndole los ojos en blanco

a una morena. Chivilla y blanquísima de ojos

mi negra. Igualita a la muerte.

*viada
alva*

3

A Germán, i.m.

Estás muerto. Muertísimo.

Hecho todo un cadáver.

No lo niegues.

Muertos tus recuerdos.

Muerto el amor

desde hace mucho tiempo.

Mano que se abre

y exhibe las entrañas.

Mano que se cierra

y escribe.

Has dosificado las palabras.

Pero tu corazón gira

sobre la estepa. Va dando tumbos.

Pero ahora es sólo la muerte.

Te llamo porque me muero.

Te digo adiós para siempre.

Juntos y disciplinados

todos. Calzados incómodamente

para esta nueva civilización.

Te llamo desde una ventana.

El Perú ha sido una trampa.

*Miada
Miada
Miada*

Trampa para los afectos,
para dejar la lengua
a la intemperie.
No amo al Perú.
El Perú no existe.
Tus manos tan sólo
a estas horas.
Y un muro de barro
con el tatuaje de un arcoiris.
En ese muro yo quisiera
penetrar. A ese altorrelieve
fundirme.
Qué fácil sale la poesía
de la muerte.
Te he llamado
pero aún no te lo he dicho.
Y no hay derecho alguno.
Y no hay pie sin bola.
Y nos la hemos pasado detrás.
Tristes ya y mareados
y exhaustos. Sin despachar el palo
ni pegar el balonazo.
Te he llamado para perderte.
Te he llamado

llamada a la vida

desde esta máscara de muerte.

Colmillos, mandíbula,

grandes cavidades oculares

de muerte.

Te he llamado

para ser un muerto.

Para desde los pies a la cabeza

ser un muerto.

Para que me des, querido mío, esta dádiva

y este consuelo.

Al filo del reglamento

4

Vamos a ver.

Plantas.

Sol sobre las plantas.

No sobre mi hígado oscuro.

No sobre mi agitado corazón.

No sobre mi cabeza calva.

Sol. Sol. Sol.

Sobre el paisaje de afuera.

Pero no detrás de mis pestañas.

Insinúo que no he vivido.

Afirmo que emerjo,

que me agarro.

Y que te amo

con todo mi corazón.

Al que no da el sol.

Y que te espero

con sol o sin sol.

Como siempre.

Como de costumbre.

*Mirada
calva*

5

El invierno nos pone la realidad
más cerca de los ojos.
Pura literatura es el invierno.
Vívida, por gris.
Palpable, por tan encapsulada.
Ante toda esta realidad
un culo bien redondo
es lo que más necesitamos.
Un huayruro del tamaño
de nuestra esperanza.
Por eso pienso en Elimane,
repasso su correo
de hace unas horas.
La repaso desnuda
contra las paredes color blanco humo
de nuestra habitación en Haití.
Bajándose el calzón, tan alegre, y subiéndose
con la mejor de sus sonrisas.

*Vívida
repasso
Elimane*

6

Cosas

I

Sol sobre las cosas.

Un invisible hilo

de seda

lo envuelve todo.

El amor de antaño

y el de ahora mismo.

Caricias sobre tu pelo

tupido y lacio.

Dedos sobre tus labios.

Dame la lengua

para mordértela.

Sol sobre mis hermanos

muertos.

Preciosa luz sin mezquindades:

Eduardo, guapo y distinguido

y callado las más de las veces.

Julio y Germán, felices, montados

sobre albos caballitos de madera.

Elena, mi hermana parisina,

en París y cumpliendo

sus alegres quince primeros años.

*Mirada
al
alma*

Más sol sobre mis padres.

Y sobre esta ave de paso.

Y sobre este suspiro.

II

Hacia el centro

todo se precipita.

Líquidos que describen una espiral

y se sumergen.

Nubes y objetos.

Y mi mano a esta hora.

Y mi corazón y mis ojos.

Y mis lágrimas

en ángulo de aterrizaje.

De caída.

Diríase de engullimiento.

III

Con las heces

de la poesía.

Con eso es que escribo.

Concho de vida

Al filo del reglamento

y residuos de naturaleza.

Y el aroma

todavía penetrante de tu amor.

*Amada
Alba*

7

Confrontado ante la poesía

y ante mí mismo. Hondos

costados los del mar. Oscuros

sus sobresaltos.

Una herbívora gaviota lo sobrevuela,

me sobrevuela.

Confrontado con mis seres queridos,

con mis queridas amistades.

Haberlos traicionado a todos.

Menos en la desnuda lágrima.

Menos en el deseo incandescente.

Yo soy otro hombre ya.

Alguien que abre puertas

y se marcha. Algún otro que no busqué.

Que vino así y me fue tiñendo

desde los calcetines hasta el gorro.

Alguien que abre su puerta

y se va. Que ya se marcha para siempre.

*Confrontada
Confrontada*

8

Estamos frente a frente, pues.

Mejor dicho, uno

al lado del otro.

El recuerdo de lo vivido es inevitable.

El de nuestra vida juntos.

La soledad ha sucedido,

no es absoluta,

aunque en camino va.

Los años se han sucedido también.

Aunque en la mente --a medias sumergidos--

chapuecemos todavía en lo más agradable.

Ha sucedido el ganarme el sustento

a conciencia guardar pan para mayo

y fracasar. Pero esto en realidad no importa.

Uno al lado del otro.

Sin el delirio de antes. Así nomás,

como ahora. Copiando. Acusando recibo.

Y tú mirándome la plana. Mirándome

de plano y tal como soy.

Pero no te importa. Felizmente

esto a ti no te importa.

*Mirada
al alma*

9

Una honda bocanada de aire.

Espejos, pequeños y borrosos,
circundándonos y reflejándonos.

La muerte está cerca. Pero tú
incluso más próxima.

Alzo la mano. Acaricio tus cabellos
y tus senos.

Amorato por la emoción.

Estallo. Desaparezco.

Poca cosa es la vida ante emoción tan cierta.

Tu cuerpo desnudo ha salido por mi ombligo
y desde mi vientre. Es así como te reconozco.

Tus piernas y tus caderas antes ya las había besado.

Como cada uno de tus brazos abiertos
y de tus labios por ahora cerrados.

Mi muerte en tus palabras.

Amorato por la emoción

10

Alturas de Samaypata

I

Samaypata es un Macchu Picchu en pequeño,

nos dicen. Y el vulgo acierta.

Hora y media cuesta dejar atrás

el calor de Santa Cruz de la Sierra.

E instalarse. Pasar

por entre el ojo de aguja de sus calles.

Sin tocar la piedra.

Sin poner las narices sobre la roca fría.

Saber que Samaypata nos espera.

Para morir. Para vivir

quizá aún más de esta manera.

Con su mansa arquitectura bajo nuestros pies,

eso nos dice.

Con su insondable pantalla de aire,

aquéllo nos ilustra.

Samaypata y el arte de morir,

de ir muriendo mientras caemos

en su profundo pozo.

Igual que en Macchu Picchu.

Alturas de Samaypata

Aunque Samaypata es la muerte personal,
no comunitaria ni sideral. Individual nomás.

Un día fuimos allí
con nuestra india camba
de largos cabellos, fuertes y oscuros.

Un día allí fuimos, en Lima,
cuando éramos niños
y jugábamos en torno
a una de sus huacas polvorientas.

El gol era la muerte,
pero esto aún no lo sabíamos.

Y el alborozo,
la misma alegría de ahora. Oscura alegría.
Sin poner las manos sobre la roca dura
ni los ojos cerrados sobre la fría piedra.

II

Pertenecemos a una familia tan antigua
como la de los primeros hombres de la llanura.

Aunque en la montaña también encuentran
nuestras cenizas.

Hacer el amor sobre mi camba
es como penetrar dentro de un muro.

Como hacerle el amor a una rosa negra.

Al filo del reglamento

Samaypata es la hembra
escondida entre el follaje.
Piernas y caderas de mujer.
Y teticas de perra.
Así era aquella oscura muchacha.
Y la pinga se te vuelve de cuero.
Por continuar tumbado sobre la piedra.
Y los dientes te salen de más y los brazos
para mejor morderla y abrazarla.
Y las pantorrillas se te ponen de goma
para impulsarte
e ir conociendo el arte de morir en Samaypata.
Sin respirar la piedra ni lamer la roca dura
ni yacer de bruces al fondo del abismo.

III

El regreso desde Samaypata
me trajo aquí.
Que no es Samaypata, esto está claro.
Que no soy yo tampoco.
Que no es nadie, quizá. Sino sólo
cierto espejismo de luces y altos edificios
sobre la paciente hierba.

Samaypata

IV

Un manjar puede ser
cualquier bocado.
Por eso escribes a pesar
de tu sentimiento impuro.
No hay un lugar ni un tiempo
ideal. Por eso
aproximas tu cabeza
al abismo del papel.
Samaypata ha dejado
una larga estela de estrellas.
De aglomeradas estrellas de muerte.
Media hora menos dura
el camino de regreso al llano.
A la embestida del calor
de Santa Cruz de la Sierra.
Al asalto del frío de Boston.
Aunque por ahora vivas
dentro del avión de tus recuerdos.
Y el hecho próximo futuro
sea el de tu propia extinción.
Quizá en Samaypata.
Quizá tocando la loza misma

Samaypata

de aquellas espléndidas estrellas.

Con nuestra gota de sombra confundida

y feliz entre tantas otras sombras.

Pero esto no lo sabes todavía. Y por eso escribes

con tu soledad impura.

A medias sola. Acompañada

a medias

No hay un lugar ni un tiempo

ideal.

Al filo del reglamento

11

Mamá Lastenia

A veces.

Muy de vez en cuando.

El alma se me parte en dos.

Y tú, sin necesitar entrar,

me miras desde lejos.

Mi alma en trozos como unas migas.

Y tú, sin necesitar probarlas,

las sostienes entre tus manos

por un momento.

Entre tus labios, más bien,

por toda una eternidad.

Mamá Lastenia

12

Si tú me vieras.

Recia pajarita de papel.

Allá porfiada

sobre los mares.

Si tú me miraras.

Rasgados los ojos,

malamente abiertos,

de par en par de amor por ti.

Máscame las vértebras, ven.

Tritúralas una a una

y luego prosigue con la cabeza.

Rancios olores son estos:

los de mis lágrimas

y los de mi deseo.

Pajarita sobre los mares.

Acaso del papel purificada.

*Purificada
Purificada*

13

Sobre una promesa.

No de amor. De vida

simplemente. Azul.

Azul el cielo

y tu sexo de tan moreno.

Risa como la tuya

jamás así me había

desanudado.

Ni diente como el tuyo

nunca así mordido.

Perrito, putico como yo

inmejorablemente acompañado.

Altas las velas

navego y pienso.

Justo a tiempo, pienso.

Entre tanto desperdicio

de palabras

y restos de cariño

y manipulación

de lo que es bueno y de lo que es malo.

Me abandono

y te encuentro.

Te husmeo

Al filo del reglamento

e incrédulo te hallo.

Llenándome las sábanas impecables.

Pero menos tersas y menos firmes

que tu piel con la que me cubro

y que tus pliegues dominicanos

donde me cobijo.

Ya podemos hablar

--ante nuestro mundo globalizándose

a la gringa--

que es incomparablemente mejor

hacerlo a la morena.

De hacérselo

mientras tengamos tiempo.

Sobre una promesa.

No de amor. De vida

simplemente.

Al filo del reglamento

14

Llegados a los cincuenta años.
A punto ya ensartados
y presurosamente removidos.
Ayer morí. Deseé la muerte
y fui prontamente escuchado.
Clamé por Germán, por los míos,
por los que alguna vez nos conocieron
y a puro fuego lento
los sabores del amor nos enseñaron.
Estoy enamorado de una mujer
treinta años menor que él.
De aquél que desconozco.
Que aparece ahora a la intemperie,
miserable y desolado.
Briosa muchacha. Hermosa
en sus diecinueve ángulos
y en su centro de llama
equidistante y oculta.
Y estoy preso y estoy ridículo.
Llamándola insistentemente
para pedirle mi mendrugo de pan,
mi maná de cielo y de vida.
Torpe hombre mercedor

*14
Llegada
14
a
l
v*

de la más abundante de las lástimas.

Clamé para morirme

como un chico asustado

y polvoriento. Y me morí.

Me caí ahí hondo y lloré.

Por mí, por nosotros

lloré. Por la vida

que da vuelta en la esquina

y de pronto ya se nos pierde.

Por nosotros lloré. Muertos

e insepultos todavía.

Y ya reconciliados.

Y aún así desconocidos.

*Mirada
al
alma*

15

Natalie

Como en los sueños.

Zumurrub en las calles de El Conde.

Pedazo de piedra y de bolero.

Diego, El Cigala, en la voz

y Bebo Valdez, en los acordes.

Haitiana de sesenta

en casi infantil sortija.

Y en pechos altos y delicados.

Y en mirada de hada, por más señas.

Abuela mía e hija mía, a un tiempo.

Allanamiento para la muerte.

Ligazón con el más allá. Penas.

En un médano de El Conde

donde llegamos un día

a ser felices.

Yo y él y un nosotros, vivo,

aunque casi ya imperceptible.

Nosotros, el que conmigo va

y mi corazón extraviados

en pasaje tan íntimo y estrecho.

Lo que es soñado en toda una vida, cumplido.

Lo que es quizá temido, ahora por venir.

*Mirada
al alma*

Ámbar las calles por el momento

nada nos dicen.

Frente del día ante excitada palmera

hoy por hoy nos alivia.

Lo cumplido que cobrará su alto precio.

A pesar de la dicha.

Que pasa rápido mientras nos colma.

Que parece increíble de tan real.

Que de tan real se marcha

de pronto. Pero no desaparece.

*Aliviada
Aliviada*

16

Trance de poder

Ahora se puede escribir un poco

Cara cortada corazón cortado

Al rape

De las islas que van quedando

El brillo de las alas y el color

Escribir así de lo de siempre

Ahora más agudo

Con un palito en busca

De la araña reina

Así mi corazón oso y gozoso

Corazón atrevido

Y nuestro camino despejado

Desdibujado

Ilimitado

Una función seguida

De otra función

Doble continuado

Si me vez

Me intimido si me vez

Me enniño

Y retrocedo

Desacelero

Al filo del reglamento

Y te empapo

Obviame, entonces

De tres en tres ignórame

Ya desaparecí

Ya estoy en el tiempo pasado

Ya me fui

Por eso ignórame

Y tenme aún mucho más a la mano

Como ahora

En que se puede tan sólo escribir

Tan sólo amar

Calladamente

Y por un milagro amar

Escribir a mar

*Obviada a la
mano*

17

Definir. Puede ser.

Mejor predecir.

Dejar constancia de los hechos

entrevistos a medias.

El viaje. El tacto.

La espesura de tu cuerpo

teórico y práctico.

Es falsa la ardilla.

Camuflado el rinoceronte.

Y en tránsito el conejo.

¿Qué te trae así la vida

de entre las sombras?

Me odias porque no hago uso

de los heterónimos.

Coger con mi red

las estrellas.

El juguete próximo.

Tu figura de ola rodeada

por mi trémulo abrazo.

Hurgar y predecir.

Chau. Adios. Hasta siempre.

Hasta no verte

y hasta no conocerte

Al filo del reglamento

y hasta olvidarme
de cómo existía en ti.
No definir.
Tu experiencia la cubre
tu palma así extendida:
hacia el escritorio
o hacia el ocaso.
Mi cuerpo se mide
hasta tu útero
y otras palpitaciones,
aunque sin específico espacio.
No he inventado ser peruano:
nuestra cara de triste obligatoria.
Pero quiero inventar ser caribeño:
fulgor de culos macizos,
de juego eterno y de alegría.
No me quieres
porque no me doy en heterónimos.
Y no me puyas.
Y tu marco teórico
me lleva el pie, la pinga,
el tamaño costado.
No elegí nacer en un barrio pobre.
Ni, mucho menos,

*Olvidada
Olvidada*

dentro de un hogar archimillonario.

No fui lo que no soy.

Pero me interrogo.

Y a ratos te follo.

Y a ratos te cojo las tetas,

las sopeso así,

goloso y deslumbrado.

Qué bonito cuerpo tienes,

de una sola ola,

voluptuoso y quebrado.

No definir. No hacer caso de los heterónimos.

Porque han de ser ciertas

estas mismas sensaciones:

tus muslos me llevan

a otros. Tus besos

a unos que di, cuando adolescente,

al lado de un fétido basurero.

Transporte de orgasmo y de alegría.

Es todo.

Al filo del reglamento

18

Podría ser pensar

Tirar la línea

De otro horizonte

E irse por ahí

Sin pensar

Más tiempo

Podría ser

Convencido

De la habilidad

De tus manos

De lo comedido

De tu sabio consejo

Echar a volar

Las hojas al sol

Tirar

Pedradas y saliva

A la luna

Y recibir un beso

Al filo del reglamento

19

Alejarse. Volver.

Darse el lujo

de las alas

prescindir.

Filtrase

y expandirse

en todo.

Corazón

que sólo a ti

le pertenece.

Cascabel del amor

que imanta la nariz

y vuelve inmensa

la mirada.

En ti no confiamos,

pero te queremos.

Tanto como a nosotros mismos

te queremos.

Y no tenemos fe.

Ni esperanza.

Y vamos haciendo daño, por ahí,

incluso hasta al más pintado.

Pero te adoramos.

*Mirada
al alma*

Y nos es imposible vivir sin ti.

20

Dedos

Acaso una mano avezada.

Intrépida.

Pétalos y útero a un tiempo.

Unos y otros los dedos

y sus discretas voces.

Las gritos ahogados del índice

y las sutiles insinuaciones

del cordial.

Gente distinta y aclimatada.

Y cada uno a lo suyo.

Contra el pulgar

y contra la terca sombra

del morir.

Meñique despabilado.

Todos a una

en la fragua

del descanso

Al filo del reglamento

o del deseo.

Hechizados contra tus muslos.

Firmes y ciegos.

Ante la invariable costumbre

del vivir.

Al filo del reglamento

21

Las voces simples

y de lata.

Nítidas en lo articulado

y en lo que quieren decir.

Es extraño y exótico,

incluso insólito,

que la verdad te digan

o que lo verdadero te sea negado.

Por aquí transita en cueros

la esencia de las cosas.

Chúpales el culo

hasta que te hiedan.

Pero el hartazgo

es imposible.

Y se suspenden todas las conjeturas.

Y se retrotaen

--vuelven a su concha--

Revisada por Alva

todos los juicios.

No tengo miedo

porque nací para morir

Reza el parabrisas

de un auto averiado

frente a mi puerta.

Así de sencillo es Santo Domingo.

Yola gigante donde,

a tumbos,

pretendemos llegar al paraíso.

Revisada por Alva

22

Lo más chic es no tener nada.

Y lo más honorable

no escribir ningún poema.

Esto ya lo sabíamos.

Pero como somos ganapanes,

y potencialmente innobles,

a todo lo opuesto

nos aficionamos.

A cultivar estas letras

--paulatinamente--

con el oscuro deseo

de transmitir las a otros.

De acumularlas, eventualmente,

sobre algún impávido estante.

De hacer inviable la distinción

e invivible

Al filo del reglamento

nuestra historia moral sobre la tierra.

23

Ser superado por una fotografía.

Cualquier fotografía.

Angulo obtuso

el de la mirada.

Río de noche.

Lima de día.

Santo Domingo al atardecer.

Cualquier foto

para posarse

y de algún modo

pasar luego a existir.

Febril el alma humana

y la docilidad de la naturaleza.

Desciende el avión.

Ávido va el colectivo.

Desde sus ventanillas lograr alcanzar

los grumos casi imperceptibles

de lo que hemos vivido.

Y de lo que jamás hemos de vivir

salvo en una fotografía.

*Mirada
al
alba*

Cualquiera.

Río al amanecer.

Lima en pleno mediodía.

Un Santo Domingo toda la medianoche.

24

Mirar oblicuamente.

De soslayo.

De modo discontinuo.

Para escribir el poema.

Que viene del alma.

Eso sí.

Del espíritu que hace camino

al andar. Es decir.

Al que no puedes percibir

si miras de frente.

De modo fijo

e ininterrumpido.

Se escribe el poema

para encontrar el alma

y no a la inversa.

Un gesto involuntario

al que sustituye

esta escritura.

*Mirada
al alma*

Cierta desatenta mirada.

25

Papeles blancos

A mis espaldas el mar.

A mis costados y de frente

la misma agua salada.

Rodeado de un sueño

escribo.

Y mientras escampa

me desplazo.

Y lo único que encuentro

es playa alrededor.

Orillas por todos lados.

Pegamento.

Aspirar de una vez.

Mejor orientarse con los brazos.

Concentrarse

y de un golpe coger al mar

por las astas. Delicadamente.

Y de sopetón también regalártelo.

Regalármelo.

Mi amigo, otra vez incrédulo.

Mi ferviente escéptica muchacha.

*mirada
al
mar*

Arte de adolescencia,
la poesía.
De sonrisa solar
y envolvente deseo.
Llave, la de tu amor
para salir del paso.
Para apoderarse del mar
de pronto tan pequeño.
Y burlar la ola.
Sobre la arena regadas van las huellas
de mis amores. Y del mar provienen
las anchas voces de mis muertos.
Y no he sentido miedo
al verme solo.
El mar, en su única hoja
el anverso
de cara al reverso.

*Granados
Pedro*

26

Topo. Campeón de la soledad.

Católico hasta el moco.

Arrecho las más de las veces.

Constructor de origamis: de globos

y de aves bien doblados.

Sin cara definida. Salvo

por los labios de pez. Por las escamas.

Crecido sin entender el dolor ni las desgracias.

Atrapado por la pelona, en un juego

que comenzó inocente y al que no nos invitaron.

Rescatado por esta misma inocencia.

Arrecho las más de las veces

27

Pospoema

Hemos llegado a la conclusión
que no escribimos poesía.
Que no somos poetas.
Es más, que la poesía
para nada nos interesa.
Que las palabras no han sido,
precisamente,
lo que buscábamos.
Ni tampoco
lo que hemos ido hallando
a lo largo del camino.
Ahora podemos hacer un alto.
Y con toda sencillez,
mas sin pizca de humildad,
decirlo.
No nacimos para perseguir las palabras.
Menos, para hacer un fetiche de éstas.
Qué va.
No nos hemos rifado por eso.
Los brazos los hemos abierto
para ti.
Para nada nos interesan la poesía

Al filo del reglamento

ni sus expertos.

Dejamos libre el territorio, entonces.

Impunidad total para aquellos que dicen

lo que quieren decir las palabras.

Nos arrepentimos de haber

tomádote tu pan.

Con mis pulmones pienso.

Con nuestros inquietos pies

comprobamos la arbitraria hechura del mundo.

Ni una lejana campanada

reproducimos.

Ni hemos inventado modo distinto

de jugar con estas cartas.

Sólo a nuestro íntimo rechazo

nos atenemos.

A nuestra quizá tardía blasfemia.

Con mis manos oculto las palabras.

Abochornado.

Entre los pliegues de mi camisa

con premura las escondo.

Un eco no hace el poema.

Un fantasma jamás podría erigirlo.

Ahora mismo vamos arrebatados

y en vela

Al filo del reglamento

y sabemos a lo que nos referimos.
Pero nada de ganar honra
o dinero con las palabras.
Antes que ellas se burlen de nosotros
preferimos dejarlas en el vertedero.
Y no por escrúpulo docto:
aquello de canjear una ilusión por otra.
Ilusión es lo que necesitamos
para seguir viviendo.
Una niña pasa arreglándose
discretamente el pelo.
La poesía no es la niña
ni sus finos y hermosos cabellos.
Sino el gesto oculto y efímero
de tan concertados dedos.
En unos segundos más habrán cesado
la visión y el sentido.
Otro rostro interroga ahora mismo
al nuestro
y entendemos que todo está ya por concluir
Un solo gesto que goce
de absoluto concierto.

Al filo del reglamento



Pedro Granados, Perú. Ph.D (Hispanic Language and Literatures) por Boston University. Ha publicado los siguientes poemarios: *Sin motivo aparente* (1978), *Juego de manos* (1984), *Vía expresa* (1986), *El muro de las memorias* (1989), *El fuego que no es el sol* (1993), *El corazón y la escritura* (1996), *Lo penúltimo* (1998) y *Desde el más allá* (2002); asimismo las novelas: *Prepucio carmesí* (New Jersey: Ediciones Nuevo Espacio, 2000) y *Un chin de amor* (Lima: Editorial San Marcos, 2005), y *Poéticas y utopías en la poesía de César Vallejo* (Lima: Fondo editorial PUCP; y México: Universidad Autónoma de Puebla, 2004). Su obra crítica figura en revistas especializadas como *Anales Galdosianos*, *Crítica*, *INTI*, *Lexis*, etc. Ha sido antologado, entre otras en *Caudal de piedra: veinte poetas peruanos* (México: UNAM, 2005). Además, colabora con regularidad en la prensa tanto en papel como electrónica (*Agulha*, *La insignia*, etc.), sus artículos versan fundamentalmente sobre poesía contemporánea.

Ilustraciones de **Israel Tolentino Cotrina**, Perú, 1975.

Es pintor y grabador graduado con medalla de plata en la Escuela Nacional de Bellas Artes del Perú el año 2000. Ese mismo año gana el primer premio en el XXVIII Salón Nacional de Grabado del ICPNA.

Ha realizado dos muestras individuales:

Bipede implume. Sala del ICPNA de Lima, Perú, 2002.

Gallinazos. Galería de Artes Visuales de la Universidad Ricardo Palma. 2004

Prepara su tercera muestra a realizarse en mayo de 2006, en el Seminario de Historia Rural Andina, bajo la curaduría del historiador Pablo Macera.

Preparada por Macera